

Rojo, azul y ¡Blanca!...

INFANCIA E INSTITUCIONES EN EL PERIODO DE LA VIOLENCIA: UNA MIRADA A TRAVÉS DE LA EXPERIENCIA HECHA RELATO

**Mónica Tatiana López Martínez
Katherine Mahecha Castro
Jhonny Alexander Garzón López**

Trabajo de grado para optar el título de Licenciados en Psicología y Pedagogía

Universidad Pedagógica Nacional

Facultad de Educación – Departamento de Psicopedagogía

Licenciatura en Psicología y Pedagogía

Bogotá D.C., Julio de 2020

Rojo, azul y ¡Blanca!...

INFANCIA E INSTITUCIONES EN EL PERIODO DE LA VIOLENCIA: UNA MIRADA A TRAVÉS DE LA EXPERIENCIA HECHA RELATO

Mónica Tatiana López Martínez

Código: 2015252035

Katherine Mahecha Castro

Código: 2015252038

Jhonny Alexander Garzón López

Código: 2015252021

Trabajo de grado para optar el título de Licenciadas en Psicología y Pedagogía

Tutora:

Carol Pertuz Bedoya

Universidad Pedagógica Nacional

Facultad de Educación – Departamento de Psicopedagogía

Licenciatura en Psicología y Pedagogía

Bogotá D.C., Julio de 2020

Agradecimientos:

Antes que nada, el alma de este trabajo se concibió una tarde cálida, acariciada por la dulce y pausada voz de una mujer que nos reveló sus más empolvados recuerdos de infancia, recuerdos dulces y amargos, pero que nos sedujeron de tal forma, como seduce un algodón de azúcar posado en la mirada de un niño. Este deseo de naufragar en la memoria, y posarnos frente a frente, cara a cara, con el niño que soportó las inclemencias y las esperanzas en La Violencia, nos llevó a compartir emotivas tardes con Blanca y Deyanira, a quienes desde nuestro más íntimo sentir, les agradecemos de corazón.

Un especial agradecimiento a Carol Pertuz, nuestra maestra y guía, la voz que nos enseñó a caminar sobre la memoria y nos brindó las herramientas para tejer esta investigación.

Nuestros más sinceros e infinitos agradecimientos y admiración por ella.

A nuestros maestros Blanca Zamudio, Yeimy Cárdenas y Andrés Hortúa, a quienes les agradecemos inmensamente, por ofrecernos una nueva mirada frente a este recorrido y por compartir su experiencia, esto nos ayudó a ubicar el norte en esta investigación.

Gracias a nuestros colegas de eje por ser compañía y soporte en este largo camino del conocimiento.

A nuestros familiares y amigos, muchas gracias por el apoyo y la paciencia, por ser combustible de nuestros sueños... A TODOS ¡MUCHAS GRACIAS POR CONSTRUIRNOS!

Quiero dedicar este trabajo principalmente a Dios, por haberme dado la oportunidad de llegar hasta este momento tan importante de mi carrera profesional.
A mis padres que me han apoyado siempre y han sido el pilar más importante, gracias a su amor y paciencia.
Gracias infinitas a mi tía Jackeline que me ha brindado su total apoyo para que me siga formando con esfuerzo y perseverancia.
Quiero agradecer a Mónica y Jhonny mi gran grupo de trabajo por su dedicación, cariño y constancia para la culminación de este lindo trabajo.
A mis hermanos, sobrinos, pareja, familia y colegas que me ayudaron de una manera desinteresada, gracias infinitas por todo su apoyo incondicional.
¡Siempre estaré agradecida con todos, gracias infinitas!

Katherine Mahecha Castro

Mis más grandes y fervientes agradecimientos a mi equipo de trabajo, a Mónica y Katherine, quienes con su paciencia y dedicación hicieron de esta investigación la más grata experiencia en mi formación profesional. ¡Gracias mis niñas!
Un infinito agradecimiento a la mejor guía que nos pudo traer el destino en este recorrido profesional, profesora Carol por creer, luchar y enseñarnos a caminar por el sendero del conocimiento y la academia.
A la Universidad Pedagógica Nacional por formarme, darme el espíritu de lucha y la sed de conocimiento, que el día de mañana se convertirá en manantial de saber para las próximas generaciones. Mi eterno amor y agradecimiento a la educadora de educadores.
A mí seres amados, a ustedes que son la fuerza e inspiración de ser mejor cada día.
Gracias por el apoyo total en la creación de esta investigación y en mi formación profesional.
¡Gracias de corazón a todos!

Jhonny Alexander Garzón López

A mis padres por brindarme su amor y apoyo incondicional.
A mis hermanos por siempre creer en mí y escuchar mis textos en las noches.
A mi hija por comprender mi tiempo y darme sus abrazos cuando estaba tensionada.
A mi abuela María y mi tía Blanca que fueron las que le otorgaron un significado muy especial a esta investigación por ser parte de mi legado.
A mis compañeros Katherine y Jhonny por las noches de desvelo y compartir conmigo el amor por este tema.
¡¡A las personas que siempre confiaron en mí, muchas gracias!!

Mónica Tatiana López Martínez

En memoria de Deyanira Galindo de Mahecha

Fuiste la inspiración para tomar el camino que escogimos para esta investigación, gracias a ti una tarde de café hablando de historias de tu infancia, surgió la idea que hoy culminamos con bastante esfuerzo y dedicación. Por ser la semilla quien dio inicio a una travesía, quedamos agradecidos por los tiempos que nos brindaste, porque siempre te recordaremos por tus pausas al hablar, por tu sonrisa esporádica en medio de la historia tormentosa, por ese tono tenue que generaba intrigas, por tu gran respaldo a capa y espada al General Rojas Pinilla y sobre todo por siempre estar dispuesta a hablar con nosotros de una vida y una infancia que no pudo quedar escrita en el papel pero que quedará impregnada en nuestras memorias.

No es un adiós, es un hasta pronto.

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN	8
PROLEGÓMENOS: Construcción de una ruta metodológica	16
Capítulo I. La Violencia: Irrupciones y reconfiguraciones de la vida cotidiana	30
<i>Prevalecimos a la muerte</i>	31
<i>Érase una vez una vida en el Restrepo</i>	33
<i>De las flores silvestres al ruido de la ciudad</i>	36
1.1. <i>La muerte: memorias y huellas de infancia</i>	38
1.2. <i>Desplazamiento: desde el verde manchado de rojo, al concreto gris de la incertidumbre</i>	41
1.3. <i>Ser: hoy y ayer en La Violencia</i>	43
Capítulo II. Infancia e Instituciones	47
<i>La maestra como madre</i>	48
<i>La encalambrada de la mesa era la favorita de papá</i>	50
2.1. <i>Entre la construcción social y el día a día</i>	54
2.2. <i>Los aliados: familia, escuela, religión y Estado.</i>	61
Capítulo III. Relaciones y configuraciones de la subjetividad	69
<i>Yo era la alcahueta de mi hermana</i>	70
3.1. <i>Relaciones, discursos y prácticas: tensiones entre el orden simbólico y la experiencia infantil</i>	73
3.2. <i>Configuraciones de vida, ser ayer y hoy.</i>	79
Epílogo... de la Infancia	84
<i>El retorno de la muerte y el fin de mi infancia</i>	84
<i>La muerte como punto de quiebre de la infancia</i>	86
Conclusiones	91
Bibliografía	94

TABLA DE ARTEFACTOS PARA LA ACTIVACIÓN DE LA MEMORIA

<i>Ilustración 1. Titular del periódico El Tiempo 1948</i>	<u>18</u>
<i>Ilustración 2. Titular del periódico El Espectador 1948</i>	<u>19</u>
<i>Ilustración 3. Desfile militar y juramento a la bandera 1949</i>	<u>20</u>
<i>Ilustración 4. Familia de refugiados de los Llanos 1952.</i>	<u>20</u>
<i>Ilustración 5. Kaliman (radionovela)</i>	<u>21</u>
<i>Ilustración 6. Fotografía familiar 1956</i>	<u>22</u>
<i>Ilustración 7. Fotografía familiar 1960</i>	<u>23</u>
<i>Ilustración 8. Fotografía familiar 1963</i>	<u>24</u>
<i>Ilustración 9. Fotografía familiar 1970</i>	<u>25</u>

INTRODUCCIÓN

Una de las posibilidades para acceder a la comprensión de las maneras como las instituciones dejan su marca en los niños, se encuentra en la mirada de los relatos de infancia. A través de ellos, se puede dar cuenta de la existencia de experiencias de infancia que marcaron unas formas de ser sujeto y de comprender la realidad, a través de los discursos y las prácticas sociales que se configuraron en relación con unas instituciones que expresan los rasgos de la época de La Violencia.

Se parte de considerar que “la noción de infancia tiene un carácter histórico y cultural, por lo que ha tenido diferentes apreciaciones en la historia; su concepción depende del contexto cultural de la época” (Jaramillo, 2007, p.110). Así mismo, se entiende que los modos de ser niño no necesariamente responden a los ideales de infancia de un momento histórico particular, sino que se constituyen distintas experiencias, formas particulares de ser niño. Así, el individuo quien está sujeto a unos discursos que tienen como fin intereses políticos, sociales, económicos, ideológicos, entre otros, encuentra maneras de relacionarse con esto.

En relación con lo anterior, vale la pena señalar que, desde la modernidad europea que sirvió como referente al proyecto de Estados nacionales que se empezaron a configurar en América Latina, la infancia se ha configurado a partir de un marco institucional en el que se destacan la familia, la religión, el Estado, entre otras instituciones. Estas se han encargado de construir las ideas en torno a la infancia y su configuración, atribuyéndose la capacidad de decir y hacer en relación con los niños.

Bajo estos discursos, la infancia es comprendida como heredera, portadora y acumuladora de la cultura. Esto Esto nos llevó nos puede llevar a preguntarnos, si la violencia simbólica se ha instituido de generación en generación, involuntaria o

intencionalmente en las instituciones que enmarcan la experiencia del sujeto en lo social. Esta inquietud, a su vez, nos encaminó a interrogarnos si en una época tan crucial de la historia colombiana como lo fue “La Violencia¹”, se replicaron, a partir de las instituciones, rasgos, prácticas, valores, modos de relación, discursos que apuntaban a la continuidad de la confrontación violenta a través de la infancia.

Ejemplo de ello, un niño que creció en el seno de una familia en determinado territorio, le es otorgada una postura política, donde se nace liberal o conservador, siendo inscrito en unas dinámicas propias de lo político (a riesgo de reducir este término a la política partidista); no existió, al menos en un primer momento, elección propia ni un momento para el cuestionamiento de ello.

En efecto, de dichas posturas políticas en la familia y las subculturas políticas que entran en juego, se cuestionó si algunos de esos rasgos de las herencias de esa violencia bipartidista se encuentran aún, reflejados en la política actual con discursos polarizantes como Extrema Derecha o la Extrema Izquierda, perpetuándose en la historia de Colombia y plasmando una huella en la configuración misma de la infancia.

Por otro lado, las investigaciones sobre infancia, sus experiencias y la relación con las instituciones con un método biográfico-narrativo son recientes en el país. Entre ellas, una de las investigaciones más próximas con estas categorías analíticas, es la autora *Ximena Pachón* en su trabajo titulado *En busca de los niños combatientes en la época de la violencia en Colombia* en el que recoge cuatro testimonios de personas que narran su infancia en la época de La Violencia entre el periodo de 1946 y 1968, época en la que se aviva el enfrentamiento entre liberales y conservadores. Por otro lado, se encuentra la autora *Yeimy Cárdenas* con su tesis de doctorado titulada *Experiencias de infancia. Niños, memorias y subjetividades (Colombia, 1930-1950)*. Cárdenas expone formas de infantilización e infantilidad y

¹ La llamada Violencia, con mayúscula, que dominó la historia de Colombia entre el año 46 y el 58 (y se prolongó luego hasta hoy en sucesivos golpes de sangre), fue en realidad una suma de muchas y variadas violencias con minúscula: políticas, sociales, económicas y religiosas. Las unificó a todo el hecho de que fueron impulsadas por los gobiernos de la época (Caballero, 2018, p.339)

problematiza los discursos que proponen un único modelo de ser niño y permite el análisis dentro del campo de

la educación la comprensión sobre los modos de constituir la infancia desde la escuela hasta la familia, mediante memorias de infancia de cuatro mujeres y tres hombres.

Tener en cuenta las experiencias de los sujetos que fueron niños en la época de La Violencia, permitiría comprender y analizar parte de las problemáticas que han generado más de 50 años en guerra, como es el desplazamiento forzado, los asesinatos sistemáticos, el reclutamiento, los efectos psicológicos, emocionales y económicos, entre otras, sobre la vida de las familias colombianas.

Por todo lo anterior resultó pertinente preguntarnos ¿Cómo se configuró la experiencia de infancia de una niña, en relación con las instituciones emergentes en el relato de una mujer que vivió su infancia en el periodo de La Violencia? A partir de esta pregunta, la presente investigación se propuso construir el relato de una mujer que ubicó su experiencia de infancia en la época de Violencia. Con base en este, se llevó a cabo la caracterización de las instituciones y los procesos de socialización que fueron claves en el relato y de esta manera, fue posible identificar las incidencias de esas instituciones en la configuración de la infancia y las tensiones entre los marcos simbólicos institucionales y la experiencia infantil de la mujer.

Esto nos permitió analizar las formas como ha sido esa configuración de la infancia del sujeto mismo y qué o quiénes participaron en esa construcción social. Además, fue de suma importancia el periodo de La Violencia para la relación que la relatora le dio a la comprensión de infancia desde el contexto social, cultural, político y económico donde vivenció la experiencia infantil.

Si se considera que el objetivo principal en esta investigación es la construcción del relato de una persona que permita ubicar las instituciones emergentes que configuran la infancia en el periodo de “La Violencia” (entre 1948 a 1958) en Colombia, resultó indispensable comprender los conceptos claves como lo son

institución, socialización y experiencia de infancia, que se fueron desarrollando y le asignaron un sentido teórico a nuestra investigación. Así mismo, como punto de referencia, se tomaron como referentes algunas instituciones base, presentes continuamente en anteriores investigaciones.

En primer lugar, se definió el concepto de institución que se comprende desde su función de instituir y hacer advenir un orden simbólico y una cultura a la subjetividad de los individuos, a través de la socialización y el trabajo sobre el otro. La socialización da al individuo una guía y un molde según las necesidades preexistentes o nuevas del sistema. Pero más allá de la apropiación, está el diálogo y las tensiones del sujeto con las instituciones que surgen en la singularidad de la vida cotidiana, emergiendo unas nuevas dinámicas al margen de la institución que, a su vez, la ponen en tensión y le muestran su insuficiencia para captar la experiencia del mundo social. Por esto, la socialización tiene una ambivalencia, porque a la vez que socializa y le da al individuo una característica de libertad fundamental, también hay espacio para las singularidades, permitiendo la subjetivación.

Por otra parte, los procesos de socialización permiten las distintas improntas en la identidad que hacen que el individuo se relacione con su vida cotidiana de manera singular, lo que da la apertura a la constitución como sujeto a través de la experiencia. Por lo cual, se tomará la socialización como medio en el que se puede evidenciar la relación-tensión entre el sujeto y las instituciones. Teniendo presente lo que se viene definiendo por institución, es allí donde señalamos la familia, la religión, el Estado y la escuela como las más reconocidas instituciones, pero el concepto se complejiza a la luz de la mirada a los procesos de socialización en tanto allí se auscultan las relaciones, los actores y la experiencia.

De manera articulada, se hablará de *la infancia como experiencia*, teniendo en cuenta en primera medida, la mirada a la infancia como una construcción social, un término muy pluralizado, es decir que está instalada por discursos y prácticas sociales, pero de igual manera por configuraciones o construcciones propias del sujeto. Para hablar de la infancia como experiencia, partiremos de la idea de la experiencia como esa historia sujeta al relator, que no se puede separar.

De este modo, la experiencia se entendió como una relación del sujeto con el mundo que hace de la vivencia cotidiana una manera singular y propia de situarse, ubica al sujeto en unas formas de ser y estar en el mundo, pero también genera unas construcciones de subjetividad que han determinado la experiencia como ser y no como un cúmulo de conocimientos, es decir, se toma la existencia como formas de experiencias.

De esta manera es considerada, también, la experiencia como esa articulación con el acto de narrar, es decir que está condicionada y posibilitada por el lenguaje, ya que es una interpretación del mundo por medio de este. Por lo tanto, desde donde se viene definiendo la experiencia, es preciso mirar cómo esta se relaciona de manera directa con las instituciones que brindan y configuran ciertas formas de ser en el mundo, y cómo estas terminan por ser transversales en la percepción de los sucesos que marcan su vida, siendo esta parte de la historia del individuo.

Consecuentemente, la infancia se entiende como una construcción social que va sujeta por un contexto sociohistórico, pero que también está constituida desde marcos de relaciones entre el adulto y el niño, es decir esas configuraciones que el adulto establece sobre el individuo (niño), que tiene la necesidad de incorporarse dentro de un orden cultural, y cómo el niño entra en interacción con dicho orden. Es decir, siguen existiendo unos márgenes de infancia en los cuales los niños y niñas salen de esa concepción e inician unas nuevas miradas y un nuevo trabajo sobre el cuerpo y la psique misma.

Por esta razón, nos propusimos a trabajar desde la concepción de infancia como experiencia, que logra adoptar a los individuos en un tiempo de existencia y de ser en un determinado momento que ellos consideran “infancia”, y como fue comprendida, vivida, sentida y concebida desde su percepción misma. De acuerdo con Cárdenas (2018):

la infancia, entendida como experiencia, posibilita reconocer al sujeto/niño como parte del trama social y cultural signada por formas específicas de nombrar y considerar lo infantil y, de este modo, reconocer la subjetividad infantil como un constructo propio de la intersubjetividad o la realización del sentido compartido en torno a la infancia y a los niños en un contexto dado. (p. 36)

Como primera medida, para este ejercicio investigativo se construyó un relato a partir de la narrativa de Blanca Lucia Gutiérrez de Montoya. Para la construcción del relato, se tomó como instrumento la entrevista a profundidad. Las distintas sesiones de entrevista fueron registradas mediante audios. Posteriormente, se inició la construcción del relato, tomando cada transcripción y dándole una coherencia de los sucesos espacio-temporales en relación con la edad de la entrevistada, intentando respetar la información suministrada por la fuente, su voz.

A partir del relato que se construyó, se caracterizaron las instituciones emergentes y los procesos de socialización, a partir de una categorización de las instituciones con relación a discursos, prácticas y relaciones. Por otro lado, se rastrearon los procesos de socialización que se encuentran en cada institución; esto permitió examinar con mayor profundidad las características y rasgos preponderantes en el relato.

Finalmente, nos apoyamos de esa caracterización, para identificar las incidencias de las instituciones en la configuración de la infancia de la persona en el periodo de La Violencia y las tensiones entre los procesos de socialización de las instituciones y la experiencia infantil.

El documento se divide en un prolegómeno, tres capítulos y un epílogo. El prolegómeno presenta la ruta metodológica que se construyó en la investigación; allí se resaltan elementos del método biográfico, así instrumentos y estrategias utilizadas para la estimulación del recuerdo y para el registro de los datos. También se presentan los procedimientos para la construcción del relato.

Más adelante, en el *Capítulo I. La Violencia: Irrupciones y reconfiguraciones de la vida cotidiana*, se exploran características del contexto histórico de la época de La Violencia. A partir de los apartados del relato *Prevalecimos a la muerte*, *Erase una vez la vida en el Restrepo* y *De las flores silvestres al ruido de la ciudad* se presenta el recorrido de la experiencia de infancia de Blanca que fue atravesada por este periodo. Los análisis presentados en este capítulo enfatizan en la presencia de la muerte como referente principal de la memoria de infancia, y en un paralelo entre el

antes y el después de La Violencia (en la vida de Blanca), como elemento irruptor, en distintos escenarios.

En el *Capítulo II. Infancia e Instituciones*, se expone un análisis a partir de los apartados del relato de Blanca: *La maestra como madre* y *La encalambrada de la mesa era la favorita de papá*. Se discurre en torno a las singularidades de la vida de Blanca que han sido marcadas por esa experiencia infantil, que de la misma manera se relacionan con esas construcciones de infancia que se dieron en el marco de la Violencia. Así mismo se sitúan las instituciones emergentes en el relato que han sido parte de la configuración de la subjetividad de Blanca.

En el *Capítulo III. Relaciones y configuraciones de la subjetividad*, se muestran distintas relaciones que configuran de una manera particular la subjetividad de Blanca, dándole un sentido a esa construcción de sujeto. Se toma el relato el apartado de *La alcahueta de mi hermana*, haciendo un análisis de cómo esos procesos de socialización que emergen atraviesan la vida de Blanca cargando de sentido ese cúmulo de experiencias.

Para la culminación de los análisis el lector se encontrará con el *Epílogo...de la Infancia*, que presenta, a manera de cierre de un ciclo que inició con la presencia de la muerte, el fin de la infancia de Blanca. Para este apartado se toma como referente el en el relato de Blanca el acápite titulado *El retorno de la muerte y el fin de mi infancia*.

Finalmente, se presentan las *conclusiones generales*, donde se intenta retomar los elementos centrales del análisis del relato en relación con el alcance de los objetivos y la pregunta problema que gira en torno a las tensiones entre la experiencia de infancia y las instituciones emergentes en el relato.

Cada capítulo tiene la siguiente estructura: presentación, apartados del relato de Blanca —al apartado se aporta una nota histórica que permite ubicar el contexto en el cual transcurren las vivencias de la entrevistada— y ejes de análisis que entretejen elementos teórico-conceptuales y la voz de Blanca. Previo al inicio de cada capítulo y a modo de separata, se encuentra una imagen que dialoga con cada apartado del relato, las ilustraciones presentes son producciones propias del grupo

investigativo, que procuran dar una aproximación visual de algunos sucesos claves del relato, y que constituyen parte de los distintos lenguajes a los que se recurrieron, para dar cuenta de un panorama más amplio de la investigación.

PROLEGÓMENOS: Construcción de una ruta metodológica

Interesa, para este ejercicio investigativo de corte hermenéutico interpretativo, situar el lugar de la perspectiva biográfico-narrativa. En el propósito de construir un relato a partir de los recuerdos de una persona, se parte de considerar que “lo narrativo es el lugar en donde la existencia humana toma forma, en donde se elabora y se experimenta en forma de una historia” (Delory-Momberger, 2015, p. 58). Por esto mismo se tomó la narrativa como base fundamental para lograr encontrar la experiencia de infancia, ya que ofrece una construcción de sentido, donde la vivencia se constituye como experiencia, además de dar una forma al discurso:

La Narrativa se construye sobre una base de narraciones que constituyen formas de discurso y modos de organizar la experiencia, por ejemplo, las pasadas, que son culturalmente dotados de significado, y que para ser inteligibles a la persona, grupo, sociedad o colectividad a quien se presentan hay que expresarla en relatos lógicos que muestran la verosimilitud de lo que se está recordando o relatando (Mendoza, 2004, p.1).

Es preciso señalar que narrar es contar un “algo”, y que en esa acción de contar se produce la construcción de sentido, de significado en torno a los acontecimientos y las vivencias del pasado que se narran. Esto ocurre, principalmente, para el sujeto que narra; pero también para quien lo escucha o es lector, ya que “esa es la cualidad de la memoria: guardar y dar cuenta de lo significativo de la vida, de lo que vale la pena mantener para luego comunicar y que alguien más lo entienda” (Gómez de Silva, 1985, citado por Mendoza 2004 p. 1). Esta manera de contar expresa un sentido de entendimiento que no hace énfasis en la explicación misma de orden científica, sino desde la cotidianidad, del sentir y manejar de la vida ordinaria. En otras palabras, el sentido se sustenta en encontrar una razón, asignarle un

significado y brindarle una importancia, siendo estas singularidades de la memoria misma.

Además, este sentido y significado que se le atribuye a la experiencia es construido culturalmente. La cultura sitúa los actos humanos en un marco de interpretaciones, brindando significado desde la imposición de “patrones inherentes a los sistemas simbólicos de la cultura: sus modalidades de lenguaje y discurso, las formas de explicación lógica y narrativa, y los patrones de vida comunitaria mutuamente interdependientes” (Bruner, 1990, p. 48)

Para el alcance del propósito de construir las memorias de infancia de una mujer que ubica su experiencia de infancia en la época de La Violencia, la investigación retomó el método biográfico (o *biografización*) como posibilidad de mirada de sí mismo o, en palabras de Delory-Momberger (2015), “como una dimensión del pensar y del proceder humano que, bajo la forma de una hermenéutica práctica, permite al individuo, en las condiciones de su inscripción socio-histórica, integrar, estructurar e interpretar las situaciones y los acontecimientos de su vivencia” (p. 62). Todo esto nos facilita tener un espacio-tiempo e inicio-fin del relato, además de permitir al individuo a través del lenguaje dar una representación en palabras e imágenes de su recorrido, en relación con los distintos personajes e instituciones que marcaron su historia de vida, como lo muestra Delory-Momberger:

El relato transforma los acontecimientos, las acciones y las personas de la vivencia en episodios, intrigas y personajes; ordena los acontecimientos en el tiempo y construye, entre ellos, relaciones de causa, de consecuencia y de finalidad, dando así un lugar y un sentido a lo ocasional, a lo fortuito, a lo heterogéneo (2015, p. 57).

El relato se construyó en torno a la vida de Blanca Lucia Gutiérrez de Montoya, una mujer de 74 años Proveniente del Restrepo, Meta. Nació en el año 1946 y su infancia se vio marcada por el contexto sociohistórico por el que atravesaba el país, La Violencia bipartidista. Parte de su infancia se desarrolló en el Restrepo, pero a partir del incremento de persecución y asesinatos a su conocidos y amigos liberales, su familia decidió desplazarse a Bogotá, en este lugar se ubican en el barrio Bravo Páez en una casa que construyó su padre y en la que actualmente reside. En su

historia se reflejan las huellas que dejó la violencia y la muerte en las relaciones, prácticas y discursos que la configuraron a ella y a su familia.

Para la construcción del relato, se tomó como instrumento la entrevista en profundidad semiestructurada que permitió iniciar lazos de confianza que facilitaron llegar a la experiencia de infancia de Blanca, a partir de sesiones guiadas por tópicos. La primera sesión de entrevista dio un marco general que propició un horizonte y un orden a las sesiones posteriores, para estructurar la narrativa en temas específicos que permitieron profundizar y posibilitar una recolección sistemática de la información.

Se realizó la transcripción de cada entrevista por sesión, con el objetivo de tener mayor claridad de la información suministrada y encontrar vacíos en la entrevista que se debían complementar, así mismo para poder estructurar las preguntas a abordar y los artefactos para la activación de la memoria de la siguiente sesión.

Se dividieron por instituciones los tópicos, esto permitió a la relatora enfocarse en un momento de la historia, facilitando así profundizar y centrar las experiencias de infancia en relación con las instituciones que fueron emergiendo en la narración, las cuales fueron: escuela, familia, iglesia y Estado.

Además de esto, las entrevistas fueron registradas mediante grabaciones de sonido, que permitieron tener información completa de cada entrevista. Según la información suministrada por la relatora se utilizaron estrategias para la estimulación del recuerdo que permitieron evocar nuevos recuerdos o profundizar en las distintas experiencias de su pasado.

FOTOGRAFÍAS PARA LA ESTIMULACIÓN DEL RECUERDO:

Ilustración 1. Titular del periódico El Tiempo 1948



El Tiempo. (1948), El saqueo y la Destrucción de Bogotá. [Periódico]. Recuperado de: Hemeroteca Nacional.

Ilustración 2. Titular del periódico El Espectador 1948

Ilustración 3. Desfile militar y juramento a la bandera 1949

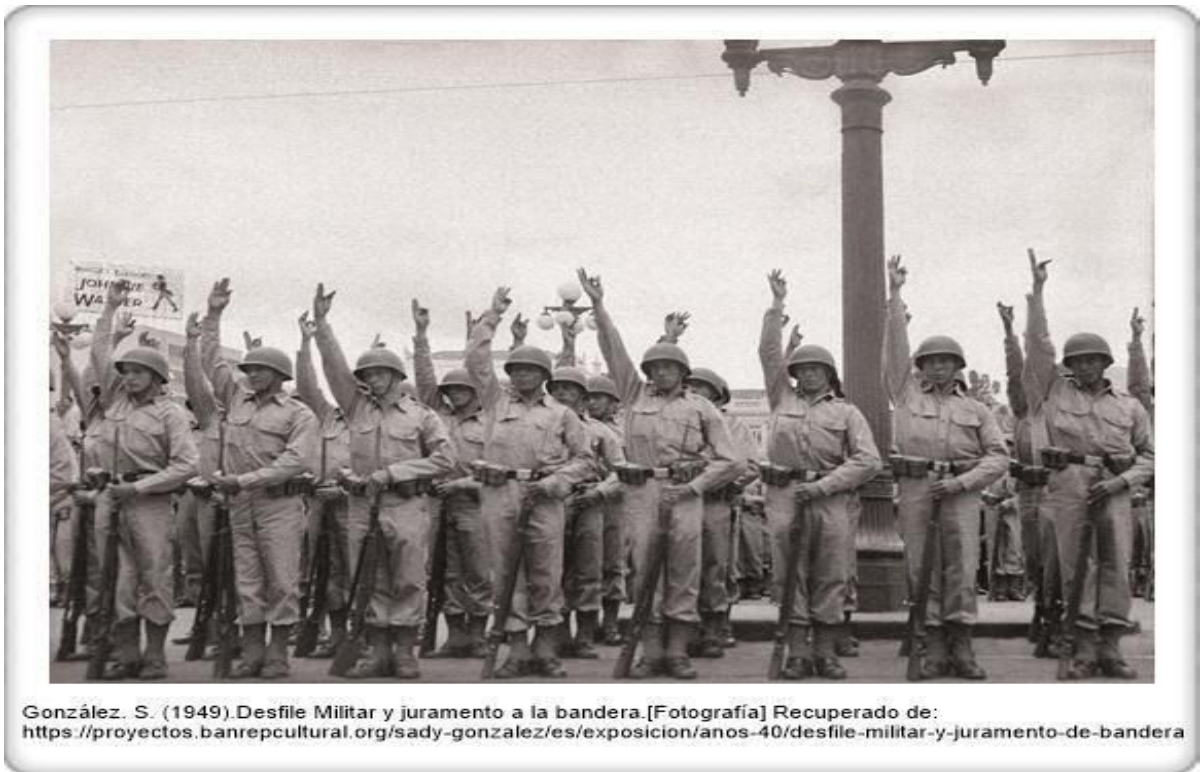


Ilustración 4. Familia de refugiados de los Llanos 1952.



Ilustración 5. Kaliman (radionovela)



[Imagen de la radionovela Kaliman](s.f) recuperado de: <https://www.ambergristoday.com/content/25-years-ago/2012/june/04/old-timer-or-modern-sanpedrano-no-15>

Fotografías familiares:

Ilustración 6. Fotografía familiar 1956



Foto familiar. Álbum Blanca Gutierrez.(1956)

Ilustración 7. Fotografía familiar 1960



Foto familiar. Álbum Blanca Gutierrez.(1960)

Ilustración 8. Fotografía familiar 1963



Foto familiar. Álbum Blanca Gutierrez.(1963)

Ilustración 9. Fotografía familiar 1970



Foto familiar. Álbum Blanca Gutierrez.(1970)

Cada uno de los artefactos de la memoria presentados permitieron evocar recuerdos o ampliar la narración de sucesos específicos. Las fotografías familiares lograron encausar y mostrar los sentidos/significados de la experiencia infantil que fueron sustanciales para lograr dar fuerza a los sucesos principales dentro del relato. Los periódicos, fotografías de la época y la radionovela Kaliman, permitieron evocar sucesos sociales como el Bogotazo y prácticas dentro del hogar como la hora de la cena, los momentos en que compartían en familia y las formas de vestir en el Restrepo y en la ciudad que también permiten profundizar en la experiencia.

En el momento de completar las entrevistas y las transcripciones se seleccionaron los temas que permitían el análisis, entre estos, las instituciones presentes en cada narración y las prácticas, los discursos y las relaciones que se dieron en cada uno de los tópicos. Todo esto dio paso a una categorización de las entrevistas, donde se creó un documento y se organizó según los temas seleccionados con anterioridad y que correspondían a cada una de las instituciones.

Como siguiente paso se realizó la construcción del relato, que se basó en las transcripciones y categorizaciones para seleccionar la información en tiempo cronológicos y acontecimientos sustanciales, esto permitió dar orden y sentido a la información.

Es pertinente resaltar que la construcción del relato es en sí misma un proceso de análisis, puesto que producir un relato a partir de las horas de entrevista, transcripciones, categorizaciones y selección de apartados del relato constituye una base de análisis, por ser un proceso que entrecruza lo cronológico, las categorías, las preguntas por las instituciones y por la experiencia de infancia

El relato se presenta en primera persona y está distribuido en siete apartados:

1. Prevalecimos a la muerte: condensó el primer recuerdo de infancia de Blanca, marcado por el desplazamiento y la muerte de dos integrantes de su familia en el transcurso de la huida de su pueblo natal.
2. Érase una vez la vida en el Restrepo: muestra la experiencia infantil desarrollada en el Restrepo. Un antes y un después de estar inmersa en La Violencia (en sus formas más directas), que marca la vida de Blanca a partir del

cambio dinámicas cotidianas, para adquirir unas prácticas de supervivencia ante la violencia.

3. *De las flores silvestres al ruido de la ciudad*: expone el cambio del contexto rural al urbano, donde se trastocan las dinámicas de cotidianas y donde surgen nuevas experiencias desde las secuelas que dejó la Violencia.

4. *La maestra como madre*: condensa la experiencia en la escuela donde se reflejan distintas relaciones, prácticas y discursos que se daban al interior de la escuela y su relación con la familia.

5. *La encalambrada de la mesa era la favorita de papá*: discurre por las distintas relaciones familiares que fueron fundamentales en la vida de Blanca y las condiciones singulares de vida que le permitían ubicarse en ciertos lugares específicos dentro del hogar. Lleva ese nombre resaltando aún más la relación con su padre que fue fundamental y a la condición médica que tenía Blanca que la llevó a acercarse aún más a su padre a diferencia de los otros miembros de su familia.

6. *La alcahueta de mi hermana*: presenta la estrecha relación que Blanca tenía con su hermana mayor. Cómo estas experiencias marcaron la identidad de Blanca y generaban tensiones entre su subjetividad y su forma de actuar ante las circunstancias que la vida le iba ofreciendo.

7. *El retorno de la muerte y el fin de mi infancia*: da cuenta de la tensión que se presenta nuevamente en la vida de Blanca con respecto a la muerte de su hijo. Esta la confronta con las muertes pasadas de sus hermanos y marca la ruptura de su infancia, se ubica desde otros lugares de comprensión del mundo y se inicia a configurar en relación con el adulto.

Estos títulos tienen un sentido para la experiencia infantil de Blanca, ya que cada uno fue construido en base a las palabras explícitas de ella, que marcaban gran significado tanto para el contenido del apartado como para la experiencia en sí misma. El relato demarca los temas centrales de la experiencia infantil de la entrevistada, dando apertura y cierre a la misma, mostrando allí diversas vivencias y relaciones que fueron fundamentales para la configuración de la subjetividad de

Blanca y de igual manera mostrando un momento histórico significativo para el desarrollo de la historia como lo fue el periodo de La Violencia (1948 - 1958) en un contexto rural y urbano.

A partir del relato, se definieron las cuatro instituciones que fueron transversales en la experiencia de infancia de Blanca: Estado, familia, escuela y religión. En cada una de las instituciones se hicieron categorizaciones en cuanto a los procesos de socialización, que se subdividieron en relaciones, prácticas y discursos. Se retomó cada apartado para identificar, resaltar cuáles y cómo se presentaban las instituciones, esto permitió hacer una caracterización de cada una de las instituciones junto con sus procesos de socialización y un análisis de cómo se relacionaban estas en distintos niveles. Además de identificar el orden simbólico que las instituciones querían instaurar y cuáles eran las formas en las que socialización operaba en los sujetos.

Por todo esto es que la elaboración misma del relato hace parte del ejercicio de construcción de análisis, que no solo entrecruza los hitos cronológicos, sino que atraviesa las categorías, indaga por las instituciones y los enunciados relevantes que se evidencian en la voz del entrevistado.

Por último, a partir de la categorización de las instituciones y los procesos de socialización se retoma el relato con el fin de entretrejer las tensiones entre los marcos simbólicos instaurados por las instituciones y la experiencia infantil, que surgía desde las condiciones singulares de la vida de Blanca, las formas de relacionarse con las instituciones y subjetividad que producían los distintos procesos de socialización. Todo esto permitió comprender cómo se configuró la experiencia de la infancia de Blanca en relación con las instituciones: Estado, religión, familia y escuela en el periodo de La Violencia en Colombia.



Capítulo I

La Violencia: Irrupciones y reconfiguraciones de la vida cotidiana

El presente capítulo tiene como finalidad enseñar un recorrido por la infancia de la señora Blanca. Primero, es necesario recordar que la época de La Violencia fue un momento histórico marcado por la sangre y las pasiones fervientes de quienes vestían políticamente de azul o rojo, época que atravesó de inicio a fin la vida de muchos colombianos. Blanca, tal vez como premio o castigo del destino, tiene la posibilidad de hoy contarnos cómo vivió su infancia entre la presurosa cotidianidad marcada por la supervivencia y las estrechas relaciones con personas que la acompañaron durante su infancia.

Inicialmente, se exponen los primeros apartados del relato de Blanca donde se da cuenta del tránsito de su infancia durante la época de La Violencia. Luego se abordará un análisis donde se tendrá presente “la muerte” como referente inicial de la memoria de infancia; un paralelo entre el antes y el después de La Violencia, y cómo ésta actúa en función de la socialización; el desplazamiento forzoso; y las configuraciones de la subjetividad: supervivencia y adaptación a la cotidianidad.

Prevalecimos a la muerte

(Colombia, 1947, Inicio de la época de la Violencia)

Sumado al “desarrollo” que Ospina lideraba, se iban desencadenando el odio y la violencia cada vez más en el país, entre godos (Conservadores) y cachiporros (Liberales). Estos ideales de desarrollismo fueron enviados, desde el Banco Mundial, a través de Launchlin Currie, una propuesta hostil con las ideas de la reforma agraria y en general con el agro; no

apoyaba el crecimiento del sector del campo, sino que por el contrario su propósito era de urbanizar a los campesinos, enviándolos a las ciudades para vincularlos con las fábricas de la Revolución Industrial. El resultado desembocó en el desplazamiento forzado y la urbanización informal, por ser las ciudades más seguras que los campos, consecuencia del conflicto permanente.

Una madrugada del mes de noviembre de 1950, a las 2:00 am pasadas, veníamos en un camión mi madre, mi padre, mis hermanos y yo, junto con 4 familias amigas de la mía. Huíamos todos de la gran oleada de violencia que se vivía en el Restrepo —municipio del Meta—. Huíamos por ser rojos, por ser Liberales. Las familias temerosas, presagiaban tiempos difíciles, tiempos de hambre. Por eso traían mercado, para intentar sostenerse en Bogotá por un tiempo. Había bultos de arroz, de frijol y cositas así.

Infortunadamente, llegando al puente de Cáqueza, como si la mismísima muerte cobrara una deuda que intentábamos evadir, al camión se le reventaron los frenos. El conductor, en un intento heroico o tal vez desesperado, decidió estrellarse contra las montañas. Todo pasó en menos de un parpadeo. Mis hermanos salieron volando, uno de ellos murió instantáneamente al tocar el suelo. Mi hermana y yo quedamos atrapadas bajo unos bultos de arroz que cayeron sobre nosotras, mientras más bultos nos pasaban por encima jeso fue lo que nos salvó! Mi mamá venía en la cabina, ella traía una semilla en su vientre; en el momento del impacto ella quedó prensada e inconsciente y mi papá estaba fracturado y dominado por el dolor.

Quedamos atrapadas. La desesperación y el aire se batían a duelo, hasta que María logró sacar una mano para que nos ayudaran, pero la gente estaba muy preocupada por los muertos, por los accidentados, así que no nos prestaban mucha atención. Se llevaron a mis padres al hospital. Mis hermanos, lamentablemente, estaban muertos. Y nosotras quedamos solas, desconcertadas jeso fue muy duro! ¡Estuvimos en medio de la carretera! ¡Nunca nos sentimos tan solas! Éramos muy pequeñas, mi hermana sólo tenía 6 años y pues yo era más pequeña, pero ella era muy inteligente porque arrastraba con su hermanita para todo lado, me brindaba seguridad en este momento de tormento.

Permanecimos allí durante tres días. Nosotras con María fuimos fuertes, tan niñas y sobrevivir en una carretera, sin nadie, a la luz del sol... hasta que llegaron a recogernos unos familiares de Cáqueza: mi tío José y mi abuelita Lucía. Ya custodiadas por mi abuela y mi tío, nosotras llenas de un vacío interminable, fuimos llevadas al entierro de mis hermanos, el peor de los panoramas que pudimos vivir, pero igual uno era muy inocente en ese momento... Ahorita puedo decir que fue el primer suceso más doloroso de mi infancia, porque ellos eran los hermanos mayores, jellos debían estar con nosotras! Esas muertes marcaron mi vida.

La madrugada del accidente, luego del caos, nos quedamos en la orilla de la carretera, solas. El horizonte era adornado solo por una casa, allí nos sentamos en una butaca de barro a esperar que algo pasara o que alguien viniera, la verdad no teníamos la seguridad de que algo pasara. Nos quedamos dormidas.

Al día siguiente, recuerdo que había una señora que nos dio algo de comer, pero no se atrevía a ampararnos por miedo. No sabía de dónde veníamos y tal vez pensaba que llegarían mis papás a buscarnos. Mi hermana le contó que mis papás estaban en el accidente, pero igual la señora no tenía la convicción de que eso fuese cierto, aunque era evidente que ya se habían llevado a todos los que venían en el camión. Eso fue muy duro, porque comida sí nos daba, pero no teníamos nada con que cambiarnos porque todo se nos perdió ¡todo!

Luego de tres días nos recogieron, ya muy tarde en el helaje de la noche, gracias a rumores y más rumores de vecinos y chismosos en la zona. Se comentaba que en el camión venía una familia Gutiérrez, rumor que tocó los oídos de mi tío quien se asomó y nos vio, dijo él: “ellas son mis sobrinas”. Así que nos llevó a casa de mi abuela.

Mis papás salieron del hospital a buscarnos, ellos con la esperanza viva, esperaban encontrarnos a los cuatro, a los dos hombres y a nosotras dos que éramos las más pequeñas, o sea, a todo el “paquete”. No sabían que habían perdido a sus dos varones. Mis familiares decidieron contarles a nuestros padres lo de la muerte de mis hermanos, quienes tenían tan solo 13 años, Pedrito, y 9 años, Josecito... eso llenó nuestro ser de mucha tristeza.

Nosotros duramos unos cuantos días allí, a todos nos invadió la tristeza y la amargura. Entre el parloteo mañanero de la familia, le dijeron a mi papá que volviera al Restrepo, pero no, mi papá no podía volver por ser liberal ¡jino, no, no!! Él decía que no, a él le hicieron mucho, mucho la perseguidora, lo sacaban corriendo a toda hora, yo creo que a mi papá lo podían ver hasta por ahí en “un pastal” para matarlo, entonces él dijo: — ¡yo no voy! Y nunca más volvió por allá. Yo fui hace poco, en el 2019, de mi casa ya no quedaba nada, el río se lo había llevado todo, de ese terreno nunca pudimos reclamar nada, no teníamos cómo sustentar que era nuestro.

Érase una vez una vida en el Restrepo

(Colombia, 1948-1950, las huellas que dejó el Bogotazo)

Los líderes de los partidos políticos con sus discursos cargados de millones de significaciones y sentidos, según su filiación política, nunca pensaron que fueran a desatar tan gran conflicto en todas las orillas de Colombia, pues llenaban a sus seguidores de prácticas, condiciones y sobre todo de fanatismos que cegaban cualquier tipo de serenidad:

Para el pueblo colombiano fue, en definitiva, una inmensa derrota en sus ilusiones, una dramática frustración, por que aquella tarde se enterró un futuro cercano que ya se vislumbraba. Colombia cambió su destino. Después vendría la oscura etapa de la Violencia en los años 50. Y a las espaldas quedaría como oscura y amarga visión, la inutilidad de tantos muertos. Como siempre, el pueblo ofrendó su vida por unos ideales que quedaron sembrados entre las sombras de un brutal olvido. (Alape, 2007, p. 35)

Mis padres en el Restrepo vivieron una vida completa, Pedro mi hermano mayor, quien murió en el accidente, tenía 13 años. Es decir que nació en 1937 y ellos ya estaban ahí. O sea que mucho tiempo atrás, estaban construyendo su vida en este lugar, hasta que se desbordó la locura de toda esta violencia bipartidista.

Sin embargo, no todo fue malo en el Restrepo, la alegría más grande que tenía era cuando íbamos donde mi tía al pueblo, salíamos a comer cuando había ferias y fiestas, todo era muy bonito, se respiraba alegría. También me gustaban mucho las procesiones de la iglesia, la misa, porque eso sí, me gusta mucho ir a la iglesia.

Allí mi madre, quien se llamaba Josefa, nunca trabajó porque mi padre nunca se lo permitió. Ella se dedicaba a su casa y a sus hijos. Mi hermano Pedro siempre le ayudaba lavando la ropa en el río, usualmente iba con María. Mi padre, quien también se llamaba Pedro, trabajaba en las Salinas en el Pumará. Allí fue donde comenzó todo este infierno en vida. La mayoría de los que trabajaban en ese lugar se teñían de rojo, eran liberales. ¡Y empezó la perseguidora! Eso fue de un momento para otro que se saltó. De la noche a la mañana empezaron a matar gente, a enloquecerse por allá con las fincas, a acabar con el ganado, con todo. Mis hermanos dejaron de estudiar por el miedo, por lo mismo, porque en cualquier momento llegaba esa gente a la puerta de la escuela y obligaba a los niños a responder: ¿dónde está su papá? ¿Dónde está su mamá? Mil razones más para no asomarse siquiera a la puerta, ¡incluso las escuelas dejaron de funcionar! Eso fue muy duro, muy duro, muy duro ¡

A los amigos de mi papá los mataron. Por esa razón el miedo se respiró en nuestra casa y en los alrededores. Mataron a los que se habían dejado coger río abajo, los machetearon y los dejaron ahí, luego iban a sus casas y les saqueaban todo... tomaban sus vidas y sus cositas. Nosotros en casa, acosados por el horror, solo mirábamos por las rendijitas de las puertas, observábamos todo lo que hacían, elevando plegarias al cielo, esperando el momento en el que volaran la puerta a patadas para cogerlo a uno.

Afortunadamente, la casa de nosotros tenía dos puertas, una enfrente y otra atrás, por donde pasaba el río. Entonces mirábamos siempre por la primera y cuando ya sentíamos que

venían, salíamos a escondernos por la otra. Menos mal que el río no era la mayor de las preocupaciones, a uno desde chiquito le enseñaron a nadar. Mi padre gritaba —¡Bótelo al agua! Y esperaba hasta cuando uno se pudiera salvar.

Hoy me pregunto ¿Cómo vivieron esas muchachitas? ¿estos cuatro muchachos? ¿ese matrimonio como pudo sobrevivir con eso?

Mi papá decía —No van a toser. Imagínese un niño que entienda que no tosa. No se podía prender un cigarrillo por que podrían ver las luces, los podría atraer el olor. No se podía caminar duro entre los árboles. Esas son cosas que uno aprende, por ejemplo. Nosotros, como todo niño de toda parte de tierra caliente, lo primero que aprendimos fue a nadar. Entonces, mi papá veía el peligro y nos decía —Botense a el agua. Imagínese una niña como yo, que tenía 4 años, ¿botarse al agua? ¿a dónde me iba a llevar el agua a mí? Uno se metía debajo del agua y luego trataba de buscar donde había una piedra grande y ahí se podía quedar quieta pero dentro del agua.

Ya no podíamos dormir en la casa, debíamos buscar dónde quedarnos entre los matorrales, cerca al río, como si fuéramos parte de la fauna del paisaje. Teníamos que pensar en realidad dónde era seguro pasar la noche. El silencio era lo más importante para sobrevivir, a pesar de ser uno un niño y después de ver tantas cosas, pues uno se calla. Papá decía que no dijéramos nada, que no hiciéramos nada, ni prender un fósforo siquiera, ¡nada! Tampoco podíamos andar por ahí gateando entre todo ese maizal como animales, porque si nos llegaban a ver ¿cómo nos defendíamos? No podíamos salir ni a la carretera.

A nosotros nos daban la cena por ahí a las 4 de la tarde, porque desde esa hora nos preparábamos para mirar a qué lado cogíamos. Salían ellos por cualquier lado, por ejemplo, mañana salen por el lado de arriba de la casa, vienen y hacen todo lo que ellos quieren y a los dos o tres días salían por otro lado. Entonces nos hostigaban todo el tiempo, estaban atacando por todos los lados.

Por esa razón es que nosotras éramos flaquiticas, flaquiticas y morenitas, morenitas, porque sin comer bien... ¿Qué podía comer uno? O que sacaban con llevarnos la comida mis papás, si sabían que no podían sentarse a paladearnos.

En el momento que regresábamos a nuestra casa se habían llevado todo lo que nos pertenecía; es decir, en el día nadie se atrevía a llegar por los alrededores y de noche menos, mejor dicho, no podía quedarse nadie.

Como cosas injustas de la vida, ellos no peleaban por terrenos, ellos peleaban por partidos políticos y sus discordias. Así nos jodieron más a nosotros. A las niñas las violaron y después las mataron, a las mujeres embarazadas les sacaron los bebés y a los hombres los decapitaron ¡Eso era muy terrible! Nos gritaban con voces iracundas y enceguecidas: —¡chulavitas hijueputas, hay que matarlos! Salgan hijueputas salgan, ¡salgan! Entonces uno agitado hasta los huesos por el pavor, se imaginaba en los desgastados zapatos de mamá o papá, preguntando cómo iban a salir de esos episodios angustiosos con nosotros, pues los niños grandes corrían más, pero mamá se arriesgaba más porque se tenía que quedar atrás con nosotras.

Recuerdo esa vez cuando mi padre nos lanzó sin pensarlo dos veces, a mí y a mi hermana por entre un rastrojo abajo para salvaguardarnos. Aún lo recuerdo y siento cómo la aspereza de la maleza me lastimaba la piel. Mi madre tuvo que saltar primero para recibirnos al final del recorrido y luego tirarnos al río, pues como familia ya teníamos un lugar exacto río abajo donde encontrarnos, así papá y mis hermanos nos buscaban ...Y sí, así era nuestro día a día. Entonces todas esas cosas hicieron que mi papá huyera de allá y que nos viniéramos, porque allá no teníamos nada más que hacer.

Yo no sé cómo hizo mi papá para salir de la casa a las dos de la mañana esa madrugada. Yo recuerdo que era en un camión grande, como las ganas de huir de todos nosotros. Mi mamá tuvo que cerrar todo. Decía ella que tocaba echarles harto maíz a las gallinas, dejar los animales seguros y la casa cerrada. Yo digo que no viviría jamás en mi vida una cosa de esas, porque nosotras sufrimos mucho con mi hermana ¡mucho, demasiado, demasiado!

Recordar las cosas que pasaron, la muerte de mis hermanos y todas las cosas que me producen tristeza, son cosas que no me gustaría volver a vivir nunca, eso es muy duro, es espantoso, los tiempos cambian mucho, pero a pesar de eso, no quisiera volverlo a vivir, ni siendo cierto...

De las flores silvestres al ruido de la ciudad

(Colombia, 1950, elecciones presidenciales)

Con la llegada de Laureano Gómez al poder, este emprendió el afán de cristianizar la enseñanza y de rescatar la moral, que se había perdido en la República Liberal; por otra parte, a inicios de su gobierno en el año 1950, los asesinados políticos llegaron a 50 mil. Con la renuncia de Gómez y la llegada de Urdaneta se pensaba que se iban a disminuir los índices de violencia, por su aparente pasividad y amistad con los dos partidos, pero, por el contrario, se recrudeció la persecución sectorial, se incendiaron los diarios liberales El Tiempo y El Espectador, además de incendiar las casas de los liberales.

Después del accidente que marcó la vida de mi familia y de los días de paso por Cáqueza, siendo desplazados por una agria mueca del destino, nos vinimos para Bogotá, a un inquilinato en el barrio Ricaurte, en el centro de la ciudad. Fue una tía quien nos ayudó a buscar y nos ofreció varias cositas para mantenernos por un tiempo. Ese cambio fue muy

fuerte, eso nos marcó mucho porque, claro, imagínense pasar de vivir en un lugar amplio donde se puede correr y jugar con tranquilidad, a vivir en una pieza encerrados, era totalmente diferente. Unos meses después de llegar a Bogotá nació mi hermano Pedro un 26 de enero de 1950 y luego al pasar de los años tuvieron a Georgina, Belén y Orlando.

El inquilinato era un ambiente bastante hostil para nosotros. La gente de allá no era tan cuidadosa y dejaba cosas por ahí. Un día jugábamos con María a corretarnos como todo niño suele hacer, de repente ella se cayó encima de unos tubos que estaban por fuera y se accidentó, y tras del hecho de estar lastimada, nos ganamos un tremendo regalo.

Mi papá detestaba ese lugar, tanto él como nosotras no veíamos la hora de tomar un carro, montar nuestros chécheres e irnos... ¡y sí! Gracias al cielo, así fue. Mi papá consiguió un trabajo en el Carare, aunque jamás supe dónde quedaba el tal Carare, pero lo que sí sé es que nunca olvidaré su ausencia por dos largos meses ahí en esa pieza. Pero consiguió un lote de 16 pesos con 13 centavos. Imagínese dos meses mi pobre padre quemándose el lomo para poderse levantar toda esa plástica para darnos de comer y todo lo necesario, porque eso sí, no éramos ricos, pero tampoco nos faltaba nada. Por eso digo ¡que berracos fueron mi papá y mi mamá! soportaron y fueron muy valientes ante todo lo que venía ocurriendo. Esas experiencias traen sus consecuencias, pero antes uno no quedo loco por ahí de verdad con tanta vaina.

Después que mi papá compró el lote, nos mudamos a la que iba a ser mi casa de por vida, mi más amado hogar, en el barrio Bravo Páez en el sur de Bogotá. El 12 de septiembre de 1956, en la notaría 8, fue registrada mi casita. Cuando llegamos, mi padre construyó dos piezas, un baño, una cocina y encerró todo el frente con una cerca y ahí de a poquitos fuimos levantándonos y levantándonos. Nosotras fuimos fuertes, no nos fuimos con nadie y siempre estuvimos con mis papas y mi padre pensaría: —Mis hijas se quedaron en la Calle, yo tengo que luchar por mis chinitas. Imagínese, las dos que quedamos.

Mi papá siguió en su trabajo porque él era arquitecto empírico. Mi madre solo sabía hacer lo del campo, sabía hacer arepas, muchas cosas relacionadas del hogar, hacernos la ropa, varias cosas así, era muy fuerte en el campo, pero no podía defenderse acá. Pero para ella fue muy duro todo ese cambio y pues la partida de sus hijos varones marcaron su ser, después de tener su mirada en una manada de cuatro para luego al parpadear sus ojos solo encontrará dos no más. Recordar las expresiones de mi mamá me deja sin aliento. Eso es ¡muy duro, terrible! nosotros siempre la veíamos llorar y llorar, lloraba y lloraba. Uno era tan inocente que nosotras no sabíamos porque mi mamá derramaba tantas lágrimas, fue tan injusto el destino que esas marcas las tuvo ella hasta el día que se fue a la tumba.

Volviendo al barrio, el Bravo Páez fue un barrio muy pesado, bastante pesado, a nosotros no nos dejaban salir a la calle por eso, porque por acá había mucha delincuencia, no teníamos agua, nos toca bajar a coger de una pila, no había nada, mejor dicho, ni calles pavimentadas, no había nada, no había luz y nos tocaba con velas en las noches. Esto era antes un potrero lleno de cebadales, con casas, y una que otra finca alrededor, había ganado y una mano de perros jugueteros, y otros como si comieran ají, por todo lado.

Vivir acá en la ciudad después de la violencia que tuvimos que pasar allí fue difícil porque eran muy pocas las ganas de salir de la casa. Mi papá, por ejemplo, no salía a pasear a un parque, ¡nada de eso! Mi papá todo lo veía como violencia, como que si salimos nos matan. Mi papá quedó, así como prevenido, él vivía a la defensiva, veía algo y ¡pa' dentro, pa' dentro pa' dentro, ya! Pero mi papá no era el único que sentía miedo. Yo no podía ver ni un policía. Una vez vi a unos soldados y ¡qué miedo! Pensé que me volvía loca, gritaba —Mamá, mamá nos mataron, mamá nos van a matar. Tenían caballos y unos fusiles. Ese día salían los soldaditos a hacer terreno. Ese día yo me desmayé, yo no podía ver la policía, me mataba el terror.

La cuadra de mi casa era llena de chinos, un sitio perfecto para liberarse y jugar. Nosotras jugamos mucho a los quemados, al rejo de no sé qué, brinca el lazo, aro... echamos hasta trompo las chinas. Apostábamos con los chinos y si se ponían muy bravos cuando ganábamos, nosotras no nos dejamos dar en la jeta tampoco. Entonces uno se crió con esa verraquera, pero jamás las groserías, ¡nunca! ningún niño ofendía a otro con groserías. Eso no es como ahorita que dicen: —No se meta con ese niño porque es muy grosero. Antes no existía esa falta de respeto y mucho menos que un niño cogiera a una niña a pegarle o para hacerle algo ¡no, para nada! Para nada, eso era una decencia tan grande que yo me pregunto: ¿por qué no existe eso ahora? ¿Por qué?

¡Eso de tener antes sala o comedor ni qué ocho cuartos! Eso lo consiguió uno ya de viejo. Los taitas de nosotras no tenían nada de eso, pero no solo ellos, esas cosas anteriormente nadie las tenía, eran lujo de reyes, porque para qué me pongo a decir mentiras, uno iba a cualquier casa y veía lo mismo, todas las casas eran iguales, todas pobres, con espelma, con horno de carbón, las ollas tiznadas y hasta la jeta de uno también. Pero uno era feliz, tenía solo sopa, pero era feliz, porque podía correr, jugar, hacer sus tareas, expresarse, ¡No, mejor dicho! Eso era muy muy lindo a comparación de hoy, un niño ahora nace con el celular en la mano y nosotras por mucho teníamos un radio de esos transistores de pilas y si se acaban las pilas pues de malas. Mi papá me dejaba escuchar la radionovela esa que se llamaba Kaliman, la escuchábamos con mi hermana y mi mamá, pero solamente un poquito porque mi papá se ponía a escuchar los noticieros en ese momento se llamaba La voz de la Víctor y radio Santa Fe que ha sido escuchada de toda una vida.

Las locuras con mis hermanos nunca nos faltaron, como esa vez que nos fuimos por allá por Villa Mayor, ahí por la treinta. Todo era bosque y nos encantaba recoger flores silvestres como las de nuestro Restrepo, nos encaramábamos en los árboles. Un día íbamos con Pedro, el hermanito menor, recogiendo flores y jugando cerca de una casa finca, cuando inesperadamente salió un perro, Pedro corrió y el perro alcanzó a morderle una nalga. Nosotras gritamos, los perros nos corrían y María salió en el afán, enredándose con un palo y terminó de cabeza sobre el barro. ¡Virgen santísima! ¡Nosotras no sabíamos qué hacer con ese chino! Pero siempre fueron locuras sanas, de chinos. Siempre andábamos las dos solas, sin compañía.

1.1. La muerte: memorias y huellas de infancia

Una madrugada del mes de noviembre de 1950, a las 2:00 am pasadas, veníamos en un camión mi madre, mi padre, mis hermanos y yo, junto con 4 familias amigas de la mía. Huíamos todos de la gran oleada de violencia que se vivía en el Restrepo — municipio del Meta—. Huíamos por ser rojos, por ser Liberales (...) Infortunadamente, llegando al puente de Cáqueza, como si la mismísima muerte cobrara una deuda que intentábamos evadir, al camión se le reventaron los frenos. El conductor, en un intento heroico o tal vez desesperado, decidió estrellarse contra las montañas. Todo pasó en menos de un parpadeo (...) Se llevaron a mis padres al hospital (...) Mis hermanos, lamentablemente, estaban muertos. Y nosotras quedamos solas, desconcertadas ¡eso fue muy duro! ¡Estuvimos en medio de la carretera! ¡Nunca nos sentimos tan solas! Éramos muy pequeñas, mi hermana sólo tenía 6 años y pues yo era más pequeña, pero ella era muy inteligente porque arrastraba con su hermanita para todo lado, me brindaba seguridad en este momento de tormento (*Blanca, comunicación personal, 5 de noviembre del 2019*).

Este es el primer gran recuerdo que tiene Blanca de su infancia, un recuerdo marcado inicialmente por la huida a causa del desplazamiento en su tierra natal, que desencadenaría su primera y de las más agudas tragedias a lo largo de su vida. La pérdida de sus hermanos mayores marcó fuertemente su memoria y su sentir, una pérdida que ella consideraba absurda, ya que cabalmente huyeron de la muerte que se asomaba constantemente entre los árboles y las carreteras del Restrepo, Meta. La pérdida de sus hermanos refleja el inicio de la ausencia de una figura protectora que velaba por ellas, eso agudizó más la sensación de vulnerabilidad de estas niñas en medio de la nada.

Por otro lado, la soledad, el abandono a causa del siniestro, generó una esfera de miedo y a la vez reafirmó un lazo de unión con su hermana María, quien siempre estuvo allí con ella. Permanecer solas (posterior al accidente) en medio de la carretera durante tres días, a la merced de la caridad de quien brindó solo comida. La necesidad de sobrevivir le otorgó a María, sin ser solicitado, el rol de protectora de su hermana menor.

Volviendo unos días atrás, se puede apreciar cómo esa sensación hostigante de la muerte siempre estuvo latente en la vida de la familia de Blanca, no de una manera tan penetrante como el suceso donde se vio implicada la muerte de sus hermanos, pero sí lo suficiente para dejar huella en la memoria:

Mi padre, quien también se llamaba Pedro, trabajaba en las Salinas en el Pumaral. Allí fue donde comenzó todo este infierno en vida. La mayoría de los que trabajaban en ese lugar se teñían de rojo, eran liberales. ¡Y empezó la perseguidora! Eso fue de un momento para otro que se saltó. De la noche a la mañana empezaron a matar gente, a enloquecerse por allá con las fincas, a acabar con el ganado, con todo. Mis hermanos dejaron de estudiar por el miedo, por lo mismo, porque en cualquier momento llegaba esa gente a la puerta de la escuela y obligaba a los niños a responder: ¿dónde está su papá? ¿Dónde está su mamá? Mil razones más para no asomarse siquiera a la puerta, incluso las escuelas dejaron de funcionar ¡*Eso fue muy duro, muy duro, muy duro!* (Blanca, comunicación personal, 12 de noviembre, 2019).

La muerte a causa de la oleada de violencia bipartidista, (originaria del llamado “El Bogotazo”) tocó puertas en las veredas del Restrepo, Meta. La Violencia no solo afectó la vida de los habitantes del sector, sino que cambió las dinámicas mismas de educarse. Con el cierre de las escuelas muchos niños continuaron en el analfabetismo y con pocas posibilidades de educarse en los saberes escolares desde sus hogares, pues los padres, a su vez, no habían sido alfabetizados. Estas dinámicas significaron para muchas familias el retraso de los procesos de alfabetización en mínimo una generación. Las repercusiones de este retraso se reflejan en una profundización de las condiciones de desigualdad y de la violencia estructural que se encuentra relacionada con las formas de violencia directa con los conflictos de la época y de las décadas posteriores.

El miedo a encontrarse con la muerte cambió las dinámicas de vida de manera directa. El pensar que hay “*mil razones para no asomarse a la puerta*” dio cuenta que ya no había libertad de jugar, caminar, visitar al vecino, o siquiera de cubrir los quehaceres diarios. En otras palabras, esto irrumpe en las relaciones mismas con el otro, las relaciones en sociedad.

También, a raíz de La Violencia, cambiaron los escenarios y las actividades de la vida cotidiana. Allí surgieron unas nuevas prácticas de supervivencia que no son propias de todo niño de la época y que distan de los imaginarios sociales contemporáneos en torno a la infancia, aprender a nadar, hacer silencio, no gritar, ni moverse bruscamente, no reír, entre otras, hacían parte de las nuevas formas de ser niño en el contexto rural de la confrontación bipartidista , esto lo evidenciamos en el siguiente párrafo del relato:

Mi papá decía —No van a toser. Imagínese un niño que entienda que no tosa. No se podía prender un cigarrillo por que podrían ver las luces, los podría atraer el olor. No se podía caminar duro entre los árboles. Esas son cosas que uno aprende, por ejemplo. Nosotros, como todo niño de toda parte de tierra caliente, lo primero que aprendimos fue a nadar. Entonces, mi papá veía el peligro y nos decía —Botense a el agua. Imagínese una niña como yo, que tenía 4 años, ¿botarse al agua? ¿a dónde me iba a llevar el agua a mí? Uno se metía debajo del agua y luego trataba de buscar donde había una piedra grande y ahí se podía quedar quieta pero dentro del agua (*Blanca, comunicación personal, 07 de febrero, 2020*).

En relación con lo mencionado anteriormente, La Violencia transformó toda dinámica de vida en el Restrepo; desde el sitio donde se reposaba al final del día, hasta incluso transformando las prácticas de alimentación. Se rompió la cotidianidad, ya no era normal desayunar, almorzar y cenar en familia sentados en la mesa, ya la comida no alimentaba de igual manera y los niños no se veían robustos como se espera de los frutos de la tierra rural. Los cuidados de los padres hacia sus hijos perdieron cierta intensidad por la fuerza de las circunstancias. Las raciones de comida disminuyeron al igual que los cuidados de los padres hacia los niños. Todo esto, efecto de la tensión entre el miedo y la supervivencia:

Ya no podíamos dormir en la casa, debíamos buscar dónde quedarnos entre los matorrales, cerca al río, como si fuéramos parte de la fauna del paisaje. Teníamos que pensar en realidad dónde era seguro pasar la noche. El silencio era lo más importante para sobrevivir, a pesar de ser uno un niño y después de ver tantas cosas, pues uno se calla. Papá decía que no dijéramos nada, que no hiciéramos nada, ni prender un fósforo siquiera, ¡nada! Tampoco podíamos andar por ahí gateando entre todo ese maizal como animales, porque si nos llegaban a ver ¿cómo nos defendíamos? No podíamos salir ni a la carretera (...) A nosotros nos daban la cena por ahí a las 4 de la tarde, porque desde esa hora nos preparábamos para mirar a qué lado cogíamos. (...) Por esa razón es que nosotras éramos flaquiticas, flaquiticas y morenitas, morenitas, porque sin comer bien... ¿Qué podía comer uno? o que sacaban con llevarnos la comida mis papás, si sabían que no podían sentarse a paladearnos (*Blanca, comunicación personal, 7 de noviembre del 2019*).

1.2. Desplazamiento: desde el verde manchado de rojo, al concreto gris de la incertidumbre

El desplazamiento de la familia de Blanca fue un suceso que muestra dos matices diferentes en torno a su infancia, el cambio de dinámicas cotidianas que vivieron en

el campo antes de La Violencia y la habituación a la selva de cemento que trae consigo unas nuevas maneras de ser niño y relacionarse con el otro. Inicialmente, Blanca nos ofrece un panorama que no siempre fue malo en el Restrepo, un panorama pintado de libertad y tranquilidad:

Sin embargo, no todo fue malo en el Restrepo, la alegría más grande que tenía era cuando íbamos donde mi tía al pueblo, salíamos a comer cuando había ferias y fiestas, todo era muy bonito, se respiraba alegría. También me gustaban mucho las procesiones de la iglesia, la misa, porque eso sí, me gusta mucho ir a la iglesia (...) Mi hermano Pedro siempre le ayudaba lavando la ropa en el río, usualmente iba con María (*Blanca, comunicación personal, 12 de febrero, 2020*).

En este panorama recordado con buena cara en contraste con el anterior ítem de análisis, se observa parcial y brevemente cómo era un día cotidiano en el Restrepo antes de la irrupción de la violencia. Se lavaba ropa en el río, los niños hacían presencia en las eucaristías y procesiones de la Semana Mayor, se asistía a la escuela, se cocinaba con leña en la cocina de la casa y se trabajaba al sol del día a día. No siempre fue un territorio en guerra como nos lo muestra en anterior subtítulo.

Por otra parte, también es necesario poner en análisis la comparación en cuanto al juego, durante y después del momento más agudo de La Violencia, teniendo presente que el juego es uno de los elementos que constituyen la infancia. Blanca en su relato enuncia dos momentos clave que nos permiten apreciar cómo La Violencia cambió, casi que suprimió, la experiencia de jugar a los niños que habitaban El Restrepo. Como se ha indicado, las prácticas necesarias para la supervivencia como el silencio, el situarse en un lugar sin llamar la atención, el no poder permanecer en un lugar medianamente estable y el restringir el contacto con otras personas, da luces de que el juego no era una opción a considerar, o por lo menos no en la libertad como se acostumbraba. Sin embargo, la infancia de Blanca pasa de esa etapa de inhibición y miedo a jugar, a una etapa de libertad cuando se muda a el barrio Bravo Páez en Bogotá; es necesario señalar que ella tiene un acercamiento al juego cuando vivió en el barrio el Ricaurte en el inquilinato. Allí no tuvo toda la libertad por el entorno físico y social del lugar, esto impidió que ella junto a María pudieran jugar como lo deseaban. Esto se evidencia en este fragmento:

El inquilinato era un ambiente bastante hostil para nosotros. La gente de allá no era tan cuidadosa y dejaba cosas por ahí. Un día jugábamos con María a corretearnos como todo niño suele hacer, de repente ella se cayó encima de unos tubos que estaban por fuera y se accidentó, y tras del hecho de estar lastimada, nos ganamos un tremendo regaño (*Blanca, comunicación personal, 12 de febrero, 2020*).

El cambio a su nuevo hogar en el Bravo Páez trajo consigo elementos que flexibilizaron la experiencia de infancia de Blanca y su hermana. Entre estos elementos se pueden enunciar algunos como el convivir nuevamente con su padre después del distanciamiento de dos meses a causa del trabajo, el ingreso a la escuela y la libertad para poder jugar e interactuar con niños en un espacio más amable. Este cambio evidencia un óptimo entorno para jugar, ya que referenció una similitud del Bravo Páez (barrio caracterizado en la época por sus grandes potreros, fincas, animales, etc.), con el contexto rural del Restrepo antes de la oleada violenta bipartidista. Este cambio gradual del Restrepo, Meta al barrio Bravo Páez, muestra cómo el juego toma más relevancia y con él los procesos de socialización en relación con otras instituciones. Por Ejemplo, esta libertad para jugar y socializar con más sujetos e instituciones, se ve en el siguiente apartado:

La cuadra de mi casa era llena de chinos, un sitio perfecto para liberarse y jugar. Nosotras jugamos mucho a los quemados, al rejo de no sé qué, brinca el lazo, aro... echamos hasta trompo las chinas. Apostábamos con los chinos y si se ponían muy bravos cuando ganábamos, nosotras no nos dejamos dar en la jeta tampoco. (*Blanca, comunicación personal, 07 de febrero, 2020*)

1.3. Ser: hoy y ayer en La Violencia

Los habitantes de varias regiones de Colombia levantaron sus armas contra sus vecinos, la sangre corrió y la gente cambió. La empatía que caracteriza a la gente del campo con sus semejantes se encegució por un pañuelo de color azul y rojo, no se veían como paisanos, sino como un enemigo que exige ser exterminado. Así cambió La Violencia las relaciones entre los habitantes que compartían un mismo territorio.

Como cosas injustas de la vida, ellos no peleaban por terrenos, ellos peleaban por partidos políticos y sus discordias. Así nos jodieron más a nosotros. A las niñas las violaron y después las mataron, a las mujeres embarazadas les sacaron los bebés y a los hombres los decapitaron ¡*Eso era muy terrible!* Nos gritaban con voces

iracundas y enceguecidas: —¡chulavitas hijueputas, hay que matarlos! Salgan hijueputas salgan, ¡salgan! (Blanca, comunicación personal, 07 de febrero, 2020)

En el anterior enunciado del relato se puede evidenciar cómo La Violencia sobrepuso las pasiones políticas, sobre las relaciones consideradas “normales” con el otro; con el paso del tiempo y el desplazamiento forzado, estas dinámicas de sed de sangre y violencia política se redujeron y transformaron para la familia de Blanca, pero esta violencia e inseguridad no desapareció en totalidad, se transfirió (no en las proporciones en las que vivieron en el Restrepo) al yugo de la delincuencia cuando llegaron al Bravo Páez, sensación que reforzaba la inseguridad ya apropiada por toda la familia de Blanca.

Otro elemento de análisis se observa, cuando luego de vivir en carne propia la violencia en el Restrepo, a pasar a vivir la infancia en el gris de la capital, se evidenciaron unos fuertes cambios en la subjetividad de toda la familia, unas nuevas prácticas y formas de relacionarse en sociedad. Ejemplo de ello nos lo da el siguiente fragmento de relato:

Vivir acá en la ciudad después de la violencia que tuvimos que pasar allí fue difícil porque eran muy pocas las ganas de salir de la casa. Mi papá, por ejemplo, no salía a pasear a un parque, ¡nada de eso! Mi papá todo lo veía como violencia, como que si salimos nos matan. Mi papá quedó, así como prevenido, él vivía a la defensiva, veía algo y ¡pa’ dentro, pa’ dentro pa’ dentro, ya! Pero mi papá no era el único que sentía miedo. Yo no podía ver ni un policía. Una vez vi a unos soldados y ¡qué miedo! Pensé que me volvía loca, gritaba —Mamá, mamá nos mataron, mamá nos van a matar. Tenían caballos y unos fusiles. Ese día salían los soldaditos a hacer terreno. Ese día yo me desmayé, yo no podía ver la policía, me mataba el terror (Gutiérrez, comunicación personal, 12 de noviembre, 2019)

En el ejemplo anterior, se ve como la subjetividad y las relaciones de la familia de Blanca con la institución policial, cambiaron por completo. La institución policial en la subjetividad de Blanca durante su infancia y su familia pasa por una reversión en la percepción de seguridad (discurso y principio que es su razón de ser) a un discurso de miedo y peligro (efecto de las prácticas violentas de las policías conservadoras en la región). Asimismo, en el anterior fragmento también se puede ver cómo se limita la interacción social del señor Pedro con su entorno social, el estar prevenido ante la percepción de cualquier situación inusual o de alteración, reacciona defensivamente, como lo hacía cuando vivían en el municipio del Restrepo. Es decir,

que el interiorizó la inseguridad que le puede representar “el otro”, ejerciendo asimismo prácticas de evasión y protección frente a la sociedad.

En relación con la subjetividad de Blanca en La Violencia, es pertinente mencionar cómo el paso por las distintas situaciones que desencadenó La Violencia en la infancia de Blanca, y teniendo a su padre como figura central, forjó una forma de ser *verraca*, en otras palabras, una forma de ser fuerte en relación con los niños de su entorno. Ejemplo de ello lo evidenciamos en el siguiente apartado:

Entonces uno se crió con esa berraquera, pero jamás las groserías, ¡nunca! ningún niño ofendía a otro con groserías (*Blanca, comunicación personal, 12 de febrero, 2020*).

Además, teniendo presente su trayectoria desde el Restrepo y su vivencia de distintos sucesos en su infancia, estos marcaron una forma más alerta de ser niño. Sin embargo, la familia y la escuela mantienen vigentes en Blanca, las prácticas de respeto con sus semejantes, a pesar de los previos ataques verbales y físicos de los que fueron testigos, la restricción social establecida por las instituciones, marcaron unas formas de establecer las relaciones sociales con los demás.





Capítulo II

Infancia e Instituciones

En términos de análisis, el siguiente capítulo se divide en dos apartados, el primero tiene como fin exponer cómo las singularidades de la vida de Blanca han marcado su experiencia infantil y cómo se relacionó con las construcciones de infancia que se dan en el marco de La Violencia. En segundo lugar, se exponen las instituciones que han dejado huella en la configuración de sujeto mediante sus procesos de socialización y subjetivación. Los apartados del relato que se abordaron para el siguiente análisis son La maestra como madre y La encalambrada de la mesa era la favorita de papá.

La maestra como madre

(Colombia, 1953, Golpe de Estado, de Ospina para Pinilla)

Dos días después del golpe, encabezado por Ospina en pro de legitimar la presidencia de Rojas Pinilla, se inauguró la Asamblea Nacional Constituyente, que no fue efectuada en el gobierno de Laureano (quien la había planeado para su gobierno). Así, Rojas Pinilla anunció en su proclama inaugural: “¡Paz, Justicia y Libertad! ¡No más sangre, no más depredaciones en nombre de ningún partido!”, Se decretó una amnistía, por la cual algunas de las guerrillas liberales (de los Llanos, Tolima, Santanderes, Antioquia) entregaron las armas y políticos que se encontraban para ese entonces en el exilio, volvieron al país.

En la escuela del Bravo Páez viví varios momentos especiales. Empecé a ir a los 7 años a la escuela que quedaba a lado de una capilla, en una casa. El primer año, las clases eran en la capilla. Entrábamos a las siete de la mañana y salimos a las doce del mediodía, para luego volver a la una y media y finalmente salir a las cinco de la tarde para la casa. (A nosotros, nos tocaba a la brava ser más despiertos. Por ejemplo, en ese tiempo cuando nos criamos acá, ¿cuándo lo llevan a uno a la escuela?, ¿cuándo? Uno tenía que salir era a lo que le dieran las patas y corra... Lo mismo de allá pa' acá, salga y corra. La una esperaba a la otra o lo que fuera. Como había tanta inocencia, los niños no se metían nunca con nosotras, eran muy decentes).

Como si fueran parte de los útiles escolares, llevábamos unos ladrillos para sentarnos. Escribíamos en unas pizarras pequeñas que, luego de memorizar la lección, borrábamos para volver a empezar otra nueva lección. Memorizar era difícil, porque todo lo que le decían a uno tenía que estar en la cabeza, tal cual salía de la boca del profesor, para recitarlo idénticamente cuando lo preguntaran. Así fue por un tiempo hasta que se dejaron de utilizar las pizarras.

En la escuela teníamos distintos profesores y entre esos estaba la profesora Priscila, tenía la voluntad y carisma de la virgen del Carmen. Ella era muy buena con nosotros, cuando olvidábamos los trabajos ella nos daba la oportunidad de realizarlos en clase y evitar el regaño en casa que tanto nos daba miedo a los niños de entonces. Era muy buena maestra, a diferencia de los otros maestros que si faltaba algo nos castigaban poniéndonos de rodillas y pegándonos en las manos con una regla. Los trabajos de la escuela los realizábamos sin ayuda de nadie, únicamente entre nosotras, escribíamos con pluma de ganso y tinta sobre papel, teníamos una clase exclusiva de caligrafía. A la hora de hacer tareas nos tocaba con una vela o espelma, decía mi mamá: —hagan las tareas que se va a oscurecer y se acaba, o si no les tocará acabarlas hasta por la mañana que su papá madrugue.

Entre mis materias preferidas estaban cívica e historia patria. No recuerdo mucho, pero era de política, de los presidentes y todo eso, conocimos por ejemplo los presidentes de esos tiempos como lo fueron: Carlos Lleras, Alberto Lleras, Guillermo León Valencia, Alfonso López Pumarejo, Mariano Ospina; pero no se hablaba de Gaitán. A pesar de que yo llegué a Bogotá cuando lo mataron, esa historia la fuimos conociendo nosotras con la experiencia. Otra que me encantaba, tal vez era mi favorita, la daban los jueves a todos los grados, a niñas y a niños, pero solo una vez por semana. Era de manualidades. Realizábamos manteles, sábanas, toda clase de tejidos, estos tejidos eran muy bonitos y recuerdo que mi mamá los lavaba y los almidonaba porque se debían presentar a todo el colegio a final de año como producto de lo aprendido. Eso sí, con el nombre de cada uno ¡Nos quedaban tan bonitas que varios papás nos preguntaban si las vendíamos! Pero mi mamá no quiso vender ni una, era como si fueran un tesoro.

Un día, durante la clase de costura, con María se nos ocurrió hacer una maldad, maldad de las travesuras mismas que hacen los niños. En el colegio había una gran mezcladora, y decidimos encaramarnos por las escaleras hasta bien arriba. Pero estando arriba en la parte más alta, el conductor con aires de payaso empezó a mover el bulldozer en són maldadoso y buscando un próximo jaloncito de orejas para nosotras. Nos asustamos tanto que

empezamos a gritar. La maestra enfurecida por el alboroto y el riesgo que corrimos nos sacó de allá a gritos, nos regañaba y preguntaba por qué razón estábamos en ese lugar. María, muy disgustada, le contestó que ella no tenía por qué gritarnos. Con más motivos, la maestra nos pegó en las manos con una regla e informó nuestros papás, quienes también nos pegaron.

La forma de castigarnos de la mayoría de los profesores era pegándonos, nos daban con una tal férula. Decían: —¡Pase las manos! Nos cogían y tres o cuatro ¡pam, pam, pam! Y si de paso uno se ponía bravo, le seguían dando, pero por las costillas. Uno no se podía poner a refutar y si iba a la casa y se quejaba con la mamá: —es que la profesora me pego. Le respondían a uno: —Pues por algo le pegó. ¡Imagínese! Tras del hecho, las viejas esas, le daban quejas directamente a los papás de uno para que nos cascaran más, y si no lo defendían en la casa ¿dónde más? Si no le daban allí, le daban aquí, pero uno no se escapaba de eso. Es que los papás siempre decían que debíamos respetar a nuestros profesores como si fueran nuestros segundos padres, eso era una razón más para darnos duro.

Una vez estaba saliendo de la escuela, por la mitad de la loma había un camino para salir aquí, y yo siempre lo tomaba. Un día venía corriendo como de costumbre, y como un volador, salió un muchacho que venía en una bicicleta y me pego semejante estrellada, me rompió la cara. Me dejó el recuerdo, me dejó marcada la cara para toda la vida. Esta cicatriz fue de eso, tenía como 8 años. Ese día mi papá se puso muy bravo. El muchacho todos los días pasaba por acá y mi papá le montó la persecuidora hasta que por fin... el chino no dejó de pasar, el me aporreó y siguió en su bicicleta. Mi papá fue y habló con los papás, quién sabe cuántas cosas pasarían, pero igualmente me llevaron al médico y me cosieron, en ese tiempo qué cirugías plásticas ni que nada. Pero la cicatriz permaneció ahí, y como yo no fui gordita de cara como para disimular y que no se notará, pues ahí quedó, ese chino me marcó la cara para toda la vida.

Algo que tengo muy presente fue cuando en mi escuela recibimos ayuda de Rojas Pinilla, él nos traía refrigerios y se tomaba fotos con todos nosotros. Luego empezaron la persecuidora en la escuela hasta con helicópteros, investigando quién era el que nos daba comida y uniformes. Nos hacían evacuar por un lado de la iglesia, por la parte de atrás. Otra cosa que recuerdo de Rojas Pinilla es cuando nos tocaba ir a todos por allá donde llegaba un helicóptero a traernos de navidad ropita, recuerdo mucho que traían abriguitos camisetas cosas así para todos y como iba mucha gente eso se volvió un barrial, pero era bonito recibir cosas. La verdad es que uno si creía de chino muchas cosas, como que venía la cigüeña y que venía los regalos del niño Jesús, papá Noel y todas esas cosas, esos son recuerdos muy bonitos, pero a uno le ocultaron muchas cosas.

Mis padres nos inculcaron siempre ser muy católicos, ser respetuosos y no ser mala gente con los demás, sino más bien mostrarse siempre muy serviciales mostrarse con ánimos de ayudar a las personas, por ejemplo algo que mi mamá nos decía a nosotros cuando estábamos en la escuela era que siempre que un compañero nos pidiera el favor de que le prestáramos un lápiz, una aguja o lo que sea, que se lo pasáramos, que no fuéramos egoístas porque eso no se hace. Si usted estaba comiendo y veía que alguno de sus

compañeros no tenía nada y usted podía darle un pedacito, no fuera envidioso. De los valores que nos impartieron nuestros padres estaba el respeto, debíamos respetar mucho a todos los profesores sobre todo porque ellos decían que nuestros maestros eran los segundos padres de uno, porque ellos le enseñaban muchas cosas también, donde no lo hiciéramos nos daban juete, nos daban duro con la férula.

La encalabrada de la mesa era la favorita de papá

(Colombia, 1953, el Jefe supremo Rojas Pinilla)

Se inauguró la Asamblea Nacional Constituyente, que no fue efectuada en el gobierno de Laureano (quien la había planeado para su gobierno). Así, Rojas Pinilla anunció en su proclama inaugural: “¡Paz, Justicia y Libertad! ¡No más sangre, no más depredaciones en nombre de ningún partido!”, Se decretó una amnistía, por la cual algunas de las guerrillas liberales (de los Llanos, Tolima, Santanderes, Antioquia) entregaron las armas.

Yo nací con el estómago pequeño, no podían darme casi comida como a una niña normal, me mantenían con cosas líquidas únicamente. Por todo esto yo era muy flaca, “encalabrada” me decía mi madre. Toda la vida he comido muy poquito. Mi mamá, cuando empecé a comer más, me daba sopas de verduras pasadas por un colador como el de los tintos, tocaba exprimirlos para que saliera sólo líquido. Era mi madre quien me alimentaba en mi extraña condición de salud. Eso de tener el estómago pequeño es terrible, no tenía cómo recibir ni digerir mi comida. Mi desayuno siempre era líquido, algo así como una sola avena lechosa. A la hora del almuerzo, comía un tomate bien maduro y a la cena un poquito de naco de papa con algo. Mi padre solía llevarme al médico, cuando estábamos en el Restrepo me traía a Bogotá, aún estando acá en la ciudad él era el que me llevaba. Yo siempre viajaba con él, siempre sentí que él tenía un afecto especial por mí.

Mi madre nunca me pudo acompañar, ella no sabía leer, no sabía escribir, eso le dificultaba hacer mis vueltas en el médico. Mi papá si salía conmigo para dónde fuera y él siempre llegaba con algo, siempre que iba al mercado nos traía una fruta y le decía mire esto es para Blanca Josefa, porque usted sabe que ella no puede comer mucho. Y sí, a mí no me daban comida porque yo no la podía tolerar. Yo duré muchos años así, entonces pasé mucho tiempo en el médico.

A la hora de comer María me miraba con una inocencia, como con expresión de pesar y yo presente en la mesa, no por hambre, claro está, solo estaba allí con ellos haciendo compañía. María preguntaba —¿Por qué no le sirven comida a Blanca? mira nomás cómo nos mira. María me daba un poco de arroz machacado con frijol por pesar, pero eso era garantía de

que al día siguiente amanecería enferma. Luego llegaba mi padre entre la preocupación nos preguntaba a todos —¿Le dieron comida? Digan si le dieron comida para llevarla al médico. Mamá solo me recalca que no recibiera comida, que me iba a enfermar si lo hacía.

Las cosas en mi casa no se hablan tan fácil como ahora, un ejemplo de eso, imagínese cuando a uno le venía la menstruación no sabíamos, ni por qué, ni para qué llegaba eso y claro, mi mamá nunca le decía uno nada, porque le daba pena y a uno le tocaba ir y decir mami mire lo que pasó y ella hay si le decía a uno.

En ese tiempo no existían las toallas higiénicas, debíamos comprar los pañitos de tela y cambiarnos para lavarlos, y lavar; lavar; lavar y lavar, ni en la escuela le decían a uno nada de eso.

María era un punto de referencia en ese tema, ella me decía que debía hacer porque a ella ya había pasado por eso. Luego, empezaron a salir los tales Kotex que no eran toallas higiénicas sino otro tipo de Kotex, nos los compraban, entonces mi mamá le decía a mi papá compre esas cositas que son para chinas, pues como éramos prácticamente las 2 entonces mi papá siempre estaba con nosotras, pues yo digo que si mi papá quiso a todos sus hijos y mucho, pero de todos sus hijos a la que más quería era a mí y mis hermanos me lo recalcan.

La relación que teníamos las dos con María era única, muy buena. A diferencia de mis otras hermanas, con ellas no me entendía así, pero a pesar de eso considero que mi hermana fue muy rebelde y mi hermana Georgina igual. Recuerdo que a veces, si mi papá me pedía un favor, yo dejaba lo que estaba haciendo y lo hacía, en cambio mi hermana Georgina fue muy rebelde, porque ella nació con la chispa que ella ya quería salir; ya quería brincar. Y mis padres, ataje y ataje. Mi papá me ponía de ejemplo para ellas, decía: —¡Mire a su hermana Blanca, ¡cuándo la ven correteando por allá! Y es por eso por lo que me consideraba como la favorita de él, y para mí él era un guerrero. Él, a diferencia de otros, no se echó a la pena y nos sacó adelante. Eso es algo que admiraré siempre de mi padre, siempre decía: —¡Yo tengo que salir adelante con mis dos hijas, las que me quedaron! luego del accidente. Pero a pesar de tener más hijos, eso nos marcó mucho a nosotros. Yo quise mucho a mi papá, demasiado. Claro que a mi mamá también la amaba, pero yo no sé, yo tenía como una chispa más por mi papá y mi papá también me quería más a mí.

También recuerdo algo especial en mi relación con mi padre, yo siempre sentí que fui la favorita de mi papá. Doy cuenta de ello, claro está, con el sentir vivo de como si fuera la niña consentida de la casa. A mi hermana, por ejemplo, no le compraron vestido para la primera comunión. En cambio, yo estrené vestido incluso en mi matrimonio, mi papá me compró uno. Siempre fui su adoración, la favorita para él o eso creo yo. Recuerdo lo especial que era la relación entre los dos, también porque yo era como la más chiquita y la más consentida. Un día estando yo pequeña luego de que él llegaba de trabajar se ponía a leer en el periódico sobre política y yo me le metía así en medio de las piernas y miraba las imágenes, entonces él me decía: —Salga de ahí que usted no sabe leer, me causa gracia recordar ese momento, aunque nostalgia también.

A mi papá sí que gustaba eso de la política, recuerdo que él vivía jodiendo mucho con eso, cuando estaba Rojas Pinilla; cuando Laureano Gómez; cuando Guillermo León Valencia; cuando Lleras Camargo, con todos sus presidentes. Ellos no se quedaban sin votar, mi madre, así como mi padre eran liberales. Los liberales se untaban el dedo de tinta roja que les quedaba manchado como de tres a cuatro días mejor dicho durante esos días tenían ese dedo todo pintado y los hombres eran los que votaban por qué las mujeres no podíamos votar, no solamente porque no teníamos cédula si no porque supuestamente éramos completamente brutas, bestias y no lo podíamos hacer.

Por ejemplo la primera en tener cédula Colombiana fue Doña Carolina Rojas de Moreno quien tenía la cédula número uno, ella era la mujer de Rojas Pinilla quien ceduló a las mujeres y les permitió tener esa oportunidad de votar, sin embargo no se si es por todo eso que hizo Rojas Pinilla que lo sacaron y le cogieron la persecuidora, porque él nos ayudaba en las escuelas, nos daba refrigerio y varias cositas, mejor dicho él nos ayudaba mucho, ayudaba mucho a la gente pobre. Algo que me parece muy bonito es que en las escuelas se realicen todavía las votaciones y que con el tiempo en la cédula ya aparecía la foto de uno, la huella y todo laminado y le decían a uno tome mijita en sus manos.

Definitivamente iba a cambiar la política. Después fue cuando llegó una tal María Elena Walsh² o una cosa así, quién habló de la liberación femenina y ahí fue cuando empezó esa libertad para nosotras donde ya se permitía hablar a la mujer, salir sin pedir permiso o por lo menos podía suspirarle al marido bravo. Por una razón, Nosotras ya teníamos una cédula para decidir algo era como un ¡Yo existo! Luego vino la igualdad de derechos, entonces la vida cambió digamos a un 100% para nosotras las mujeres.

Por otro lado, recuerdo que mi papá no nos castigaba, así como otros papás. Cuando el problema era grande, recibíamos dos juetazos, pero cuando no, él nos metía en medio de las piernas nos dejaba el rabo pa' fuera y tenga dos o tres palmadas. Igual, imagínese una mano de él y como antes, en ese tiempo, uno usaba solo los calzones, qué pantalones ni qué nada, pues ¡claro!, le dejaban marcado todo en el culo a uno. Mi papá daba miedo cuando estaba bravo porque uno sabía cuándo se iba a quitar la correa. Después llegaba y lo apretaba a uno y tomé, pero golpear, así como otros papás que eran donde caiga y a romperle la cara o ponernos negras, no, él no era así. Igual nunca nos faltó con la comida, pues a pesar de que se quedó con dos hijas, luchó y luchó. Ya después llegaron mis otros hermanos, pero luchó arto por nosotras dos. Yo creo que, si él compró esta casa, este lote, lo compró por las dos y es algo que jamás olvidaré, porque yo admiro mucho lo que mi papá hizo por nosotras.

El día de mi primera comunión fue una mezcla de sensaciones, viví las gamas de la felicidad hasta tocar la del terror. Ese día marchaba muy bien, en alegría y la tranquilidad

² Poeta, compositora, cantante, dramaturga, guionista, narradora o "cupletista, Argentina. Se identificaba con escritoras como Virginia Woolf, Doris Lessing y Victoria Ocampo, que darían lugar a una multiplicidad de artículos periodísticos, entrevistas y reflexiones en sus diferentes facetas artísticas que, si bien en ese momento no se catalogaron así, eran de corte feminista. En la Argentina en 1970, nacen la Unión Feminista Argentina (UFA) y el Movimiento de Liberación Feminista (MLF), agrupaciones con activistas de clase media alta e intelectuales que crearon nuevos espacios de reflexión para las mujeres. En su momento existieron dos vertientes: feminismo puro y feminismo y política. Walsh formaba parte de este segundo grupo. Junto a la escritora Angélica Gorodischer y la cineasta María Luisa Bemberg fueron las artistas representantes del movimiento más relevantes de la época. Ministerio de la cultura Argentina. (sf)

que uno siente cuando viene de misa; hasta el momento en que mi papá me mandó a comprar algo de lo que faltaba para el almuerzo en la tienda de la esquina. Ese día tomé la punta de mi vestido con mis brazos y salí destino a la tienda. En un momento impensado, un señor pisó a otro que se encontraba sentado en el lugar, este reaccionó enojadísimo por los efectos de las cervezas que ya se había tomado antes, sacó una filosa y letal barbera, y lo mató. En la tienda se armó enseguida el bochinche. Yo no podía creer lo que estaba viendo ¡lo mató! Yo recuerdo que me recogí el vestido nuevamente y salí corriendo. Ese día fue terrible, yo casi ni almuerzo por esa imagen que quedó grabada en mi memoria.

Recuerdo que mi mamá nos hacía unos vestidos muy lindos, vestidos marineros. Esta ropita se la cosían a uno. A mi hermano le tenían de esos pantalones corticos, cuando lo del accidente, murió con ropa de esa. Mi mamá con su chal, ella se amarraba el cabello, pero sombrero no y mis hermanos tampoco. Mi papá sí usaba sombrero, casi toda su vida, así como la mayoría, pero a ellos no, nunca les gustaron los gorritos, ni las gorras ni nada de eso. A mí sí me gustaban o todavía, por ejemplo, los sombreros para el sol. Eso nos distinguía en esos tiempos. Es más, nosotras todas las de tierra caliente, nos destacábamos por ser así delgaditas y morenas quemadas como el sol.

También recuerdo que me gustaban mucho las multitudes y ver con mi hermana Georgina la pólvora, nos encantaban las ferias, ir a misa y sobre todo a las procesiones. Recuerdo que los domingos, en la escuela debíamos ir muy bien presentados, impecables, con uniforme de gala, zapatos negros azabache, media blanca, falda azul, camisa blanca y boina, teníamos que entrar muy bien arregladas a la iglesia, como si estuviese allí presente el mismísimo Jesús... muy bien formados.

2.1. Entre la construcción social y el día a día

La infancia a lo largo de la historia se ha visto representada desde diferentes miradas y estudiada desde distintas disciplinas como la sociología, la psicología y la pedagogía entre otras. Estas se han encargado de definirla como un grupo etario, un tránsito a la adultez, el futuro de la nación, un sujeto de derechos entre otras concepciones.

Se parte de comprender la infancia como una construcción social que hace parte de unos discursos e intereses políticos, económicos, ideológicos y culturales, que corresponden a un momento sociohistórico que la configura. Esta construcción social genera en el sujeto unas formas de ser y estar en el mundo que permean y modifican constantemente la subjetividad y permiten dar un sentido particular a la vivencia propia.

La infancia como experiencia es la forma en la que el sujeto se relaciona con las construcciones sociales en torno a la infancia de una época determinada y su vida cotidiana, que genera un sentido y un significado a la experiencia infantil del sujeto. Cárdenas la define como aquella que:

posibilita reconocer el sujeto/ niño como parte de una trama social y cultural signada por formas específicas de nombrar y considerar lo infantil y, de este modo, reconocer la subjetividad infantil como un constructo propio de la intersubjetividad o la realización del sentido compartido entorno a la infancia y los niños en un contexto dado. (2018, p. 36)

La experiencia infantil de Blanca toma aspectos singulares desde sus condiciones propias de vida, que permearon sus puntos de vista, su actuar, su forma comprender el mundo y sus propias convicciones, pero más allá de los aspectos singulares, existen elementos de lo social que influyen en la construcción de la infancia y así mismo de cómo actuar frente a ella como adulto y como niño.

Blanca narra su experiencia infantil en una temporalidad en la cual se sitúa desde el lugar del adulto, esto le agrega a su experiencia unas significaciones cambiantes que a lo largo de su vida reconfiguran la concepción de infancia y permean su forma de comprender y de significar su propia experiencia infantil, puesto que existen unas generaciones posteriores, en este caso sus hijos y nietos, que le permiten entretejer lo que es ser niño hoy y lo que fue su infancia en el pasado. Dicho de otro modo, “esos sentidos se construyen y cambian en relación y en diálogo con otros, que pueden compartir y confrontar las experiencias y expectativas de cada uno, individual y grupalmente” (Jelin, 2002, p.13). A todo esto, el sujeto no le puede escapar y en su acción de narrar hace que su experiencia infantil no sea un reflejo inequívoco de la vivencia, sino que está atravesada por todo un espacio de experiencia que en este caso son 53 años de resignificaciones sobre su infancia. Jelin lo plantea como la temporalidad compleja y nos expone que:

Ubicar temporalmente a la memoria significa hacer referencia al «espacio de la experiencia» en el presente. El recuerdo del pasado está incorporado, pero de manera dinámica, ya que las experiencias incorporadas en un momento dado pueden modificarse en períodos posteriores. «Los acontecimientos de 1933 sucedieron definitivamente, pero las experiencias basadas en ellos pueden modificarse con el paso del tiempo (2002, p.12).

La infancia de Blanca se destaca por las particularidades que a lo largo de su relato expone, cómo las dinámicas de supervivencia, el desplazamiento y el cambio de contextos donde se tuvo que desarrollar su historia. Una de las experiencias que marcó a grandes rasgos la vida de Blanca fue su enfermedad, cambió con esto las prácticas de cuidado, de alimentación y de atención que se tuvieron en ella, reforzando el lazo afectivo con su padre, quien le prestó mayor cuidado y veló por su integridad. Se puede apreciar en el presente fragmento de texto:

Yo nací con el estómago pequeño, no podían darme casi comida como a una niña normal, me mantenían con cosas líquidas únicamente. Por todo esto yo era muy flaca, “encalambrada” me decía mi madre[...] A la hora del almuerzo, comía un tomate bien maduro y a la cena un poquito de naco de papa con algo. Mi padre solía llevarme al médico, cuando estábamos en el Restrepo me traía a Bogotá, aun estando acá en la ciudad él era el que me llevaba. Yo siempre viajaba con él, siempre sentí que él tenía un afecto especial por mí. (Blanca, Comunicación personal, noviembre, 2019)

Este suceso ubica a Blanca como una niña a la cual los cuidados especiales siempre le han asistido, el ser la menor de los hermanos en el momento de la violencia que sufrieron en el Restrepo, hasta la permanencia en Bogotá con los cuidados de su enfermedad. Su padre con sus cuidados y su atención permite que Blanca se nombra el centro de atención de la familia; su condición demarca la necesidad de que recaiga en ella protección, de requerir preferencia por parte de su padre, por su comportamiento y su forma de actuar frente a la vida.

Al iniciar la escuela, Blanca se refiere a sí misma, como una niña autónoma y capaz en la medida de lo que disponen sus padres, así como lo presenta en el siguiente fragmento:

En la escuela del Bravo Páez viví varios momentos especiales. Empecé a ir a los 7 años a la escuela que quedaba a lado de una capilla, en una casa. El primer año, las clases eran en la capilla. Entrábamos a las siete de la mañana y salimos a las doce del mediodía, para luego volver a la una y media y finalmente salir a las cinco de la tarde para la casa. (A nosotros, nos tocaba a la brava ser más despiertos. Por ejemplo, en ese tiempo cuando nos criamos acá, ¿cuándo lo llevan a uno a la escuela?, ¿cuándo? Uno tenía que salir era a lo que le dieran las patas y corra... Lo mismo de allá pa' acá, salga y corra. La una esperaba a la otra o lo que fuera. Como había tanta inocencia, los niños no se metían nunca con nosotras, eran muy decentes. (Blanca, Comunicación personal, noviembre, 2019)

Estas palabras de “ser más despiertos a la brava” connotan una experiencia particular de cómo ella se tuvo que enfrentar a la rutina de ir a la escuela, pero más allá, esto puede verse vinculado con los momentos del desplazamiento y la persecución que vivieron ella y su familia. Su respuesta debía ser contundente y estar en constante alerta frente a su medio; por ejemplo, en el río Blanca tenía que actuar frente al suceso sola y poder seguir una indicación dada con anterioridad por su familia. Experiencias como esta le permiten tener una mirada y una capacidad distinta frente al hecho de tener que desplazarse sola a su escuela, pues resulta una tarea sencilla frente a lo que vivió con anterioridad y aún más acompañada de su hermana quien en su momento asumió un rol de protección. Las prácticas y las nociones que se tenían ese momento histórico le daban a la infancia mayor posibilidad de agenciamiento por otorgarle responsabilidad frente a sus acciones:

Los trabajos de la escuela los realizábamos sin ayuda de nadie, únicamente entre nosotras, escribíamos con pluma de ganso y tinta sobre papel, teníamos una clase exclusiva de caligrafía. A la hora de hacer tareas nos tocaba con una vela o espelma, decía mi mamá: —hagan las tareas que se va a oscurecer y se acaba, o si no les tocará acabarlas hasta por la mañana que su papá madrugue. (Blanca, Comunicación personal, noviembre, 2019)

Las condiciones de la familia Gutiérrez en cuanto a los roles que se atribuían y la experiencia misma de cada uno de los padres, les ofrecía a las hermanas una mayor responsabilidad y autonomía frente a las tareas de la escuela, ya que su madre no había tenido ningún proceso de escolarización, por lo cual no había sido alfabetizada y esto le dificultaba acompañar los procesos de sus hijas. Por otra parte, su padre era quien trabajaba para llevar el sustento al hogar y por tanto su ausencia en el transcurso del día tampoco le permitía tener un acompañamiento continuo. Así que asumir distintas dinámicas como las responsabilidades escolares, las tareas del hogar, hacer los mandados y el desplazamiento por la ciudad eran realizados por ella en su cotidianidad, por ejemplo, en el último caso del desplazamiento en la ciudad, Blanca se movilizó sola a diferentes lugares distintos a la escuela, ya que el leer le permitía desenvolverse en distintas esferas de lo social como desplazarse hasta la iglesia del barrio 20 Julio. Para esta familia el saber leer les permitió autonomía en la vida ciudadana, condición que no era necesaria en el Restrepo, esto refleja que para contextos diferentes, las capacidades necesarias para

desenvolverse cambiaban; en este caso, para esta familia Gutiérrez la ciudad requería de saber leer y escribir para alcanzar una autonomía más amplia.

En cuanto a las dinámicas de la escuela y el aprendizaje, la memoria y la interiorización de las lecciones fueron eje central al inicio de la educación de Blanca, para luego pasar al papel y la escritura con tinta. Estas tecnologías de la educación dan al sujeto unas formas distintas de relacionarse con el conocimiento, como se evidencia a continuación:

Como si fueran parte de los útiles escolares, llevábamos unos ladrillos para sentarnos. Escribíamos en unas pizarras pequeñas que, luego de memorizar la lección, borrábamos para volver a empezar otra nueva lección. Memorizar era difícil, porque todo lo que le decían a uno tenía que estar en la cabeza, tal cual salía de la boca del profesor, para recitarlo idénticamente cuando lo preguntaran. Así fue por un tiempo hasta que se dejaron de utilizar las pizarras (Blanca, Comunicación personal, noviembre, 2019).

Así mismo se les exigía respuesta en la escuela, las formas de estudiar las lecciones, de comprenderlas, la distribución de la información, marcan las formas de aprendizaje a través de la memoria y la pizarra, esto también permea las prácticas y la experiencia misma.

Las materias fueron mediadas por el Estado en cuanto a su contenido. Así, estos variaron según el presidente de turno. El conservadurismo alcanzó la escuela, durante este periodo, la máxima conexión entre esta y la iglesia. A partir de una serie de reformas educativas a las propuestas que había dejado López Pumarejo en su mandato (educación laica y mixta, entre otras), se dio de nuevo un giro para *reforzar la moral, el patriotismo y la fe católica*. Así mismo, la conexión entre estas dos instituciones se ve reflejada desde la constitución de 1886 que determinaba a “la Iglesia Católica en tanto “elemento esencial del orden social” fue consagrada como institución regente de la educación e instrucción pública y ello se tradujo en una imposición sin cortapisas de sus lógicas tanto en materia instructiva como de regulación.” (González, 2014, p. 5).

De esta manera, las formas de comprender y relacionarse con el mundo fueron reforzadas para los niños y las niñas por los discursos en ambas instituciones, la iglesia y el Estado. Es así como Blanca, desde su experiencia y relación misma con

el plan de estudios, muestra su gusto por la materia de historia y cívica. En esta ella expresa que los contenidos de las materias eran en cuanto a los presidentes de Colombia y no se enunciaban sucesos determinantes como el Bogotazo, que fue uno de los puntos críticos y de partida de la Violencia en el país. Para el momento histórico parece que no resultaba pertinente nombrar personajes como Gaitán cuando se quería volver a reivindicar la tradición mediante la contrarreforma educativa, puesto que según González “La reforma [de López Pumarejo], se afirmaba, era ‘contraria a las tradiciones cristianas del país’ [...] y fue presentada como ‘una persecución contra la religión católica’ o ‘una avanzada del comunismo’, en especial por los conservadores” (González, 2014, p. 5) a partir de estas reformas a la educación se empezó a reconsolidar la fe católica en las escuelas, permeando a la infancia en un ideal de ciudadano de buena moral y de buenas costumbres desde la religión católica así como se muestra en el siguiente apartado:

La visión de las ciencias sociales impartidas en las aulas a comienzos de los cincuenta tiene un doble referente: la patria y la moral[...] En este escenario, la educación debía orientarse a la construcción de un ciudadano patriota, obediente de la tradición y de las leyes, y nacionalista, misión para la cual el conocimiento de la historia colombiana es central. Sin embargo, no se trata de cualquier tipo de historia nacional, sino que, ante “la amenaza comunista” y “el desorden social”, se instala una historia romántica que privilegia el momento de la independencia y enfatiza en la dimensión civilista, de la cual la continuidad de la institucionalidad democrática y la gestión heroicizada de los presidentes de la República, en especial los de signo conservador, son contundentes muestras. (González, 2014, p. 8)

Es así como los planes de estudio incidían en la experiencia de Blanca bajo un ideal de la moral, las buenas costumbres y el patriotismo desde los presidentes conservadores. Se hace evidente, en este sentido, la ausencia de la enseñanza de la historia reciente (En este caso el estado de violencia en el que se encontraba el país) que se ha repetido a lo largo de las últimas décadas en la educación básica y media. Así mismo, las prácticas y los discursos que mediaban las materias de cívica e historia eran autores eclesiásticos que permeaban la experiencias misma de infancia. Así se puede evidenciar cómo en la cotidianidad, las vivencias de los niños se ven permeadas por dichas instituciones:

Recuerdo que los domingos, en la escuela debíamos ir muy bien presentados, impecables, con uniforme de gala, zapatos negros azabache, media blanca, falda azul, camisa blanca y boina, teníamos que entrar muy bien arregladas a la iglesia, como si estuviese allí presente el mismísimo Jesús... muy bien formados. (Blanca, Comunicación personal, noviembre, 2019)

Otra de las materias que marca la experiencia escolar de Blanca es aquella de las manualidades, el tejido en crochet, que inicia como un gusto y termina dando un hilo en su vida adulta, no como tejido propiamente pero sí en la confección textil; de lo que se podría entrelazar con los saberes, gustos o experiencias adquiridos en la infancia:

Otra que me encantaba, tal vez era mi favorita, la daban los jueves a todos los grados, a niñas y a niños, pero solo una vez por semana. Era de manualidades realizábamos manteles, sábanas, toda clase de tejidos, estos tejidos eran muy bonitos y recuerdo que mi mamá los lavaba y los almidonaba porque se debían presentar a todo el colegio a final de año como producto de lo aprendido. Eso sí, con el nombre de cada uno ¡Nos quedaban tan bonitas que varios papás nos preguntaban si las vendíamos! Pero mi mamá no quiso vender ni una, era como si fueran un tesoro. (Blanca, Comunicación personal, noviembre, 2019)

La vida cotidiana y singular de Blanca le ofrece unas formas propias de situarse, verse y nombrarse ante el mundo y actuar sobre el mismo. Cada uno de los acontecimientos en la vida de Blanca le permite apropiarse, configurar y dar significado a su experiencia, su subjetividad y su constitución como sujeto.

Por ello, entender la infancia como experiencia posibilitó la comprensión del sentido que le asignó Blanca a sus vivencias en el relato y la configuración de sujeto desde la singularidad de la vida, como lo fueron sus relaciones, sus prácticas y sus creencias, desde un vínculo particular que tuvo Blanca con el sentido compartido sobre la infancia en lo social y lo individual que se estableció en ese contexto sociohistórico determinado. Para aquella relación que estableció el sujeto con las construcciones sociales que se formaron sobre la infancia, las instituciones y los procesos de socialización fueron claves para instaurar el orden simbólico y comprender la interacción entre el rol de la sociedad, del adulto y del niño dentro en la experiencia misma de Blanca.

2.2. Los aliados: familia, escuela, religión y Estado.

El concepto de institución abordado para enriquecer esta investigación fue retomado desde los postulados del sociólogo francés François Dubet, quien define que la institución no se limita a ser un prototipo de aparato u organización, sino un tipo específico de socialización y trabajo en el otro. Como lo menciona en el siguiente apartado:

El de la función de instituir y socializar. La institución se define por su capacidad de promover un orden simbólico y formar un tipo de sujeto amoldado a cierto orden, en definitiva, de instituirle. En este sentido, la iglesia, la escuela, la familia o la justicia son instituciones porque inscriben un orden simbólico y una cultura en la subjetividad de los individuos, porque “institucionalizan” valores y símbolos y porque “instituyen” una naturaleza social en la naturaleza “natural” de los individuos. (Dubet, 2010, p. 16)

Es necesario señalar que, frente a los continuos cambios en la época y conflictos del sistema, de las instituciones se espera que “regulen esos conflictos y que, incluso, los transformen en integración social, normas comunes y reglas de juego compartidas” (Dubet, 2007, p.109) a través de los procesos de socialización.

A lo largo del relato puede verse cómo en gran medida son unas instituciones las que organizan la vida infantil, en tiempos, responsabilidades, quehaceres y lugares a ocupar. La familia y la escuela estaban estrechamente ligadas y permeaban la vida cotidiana con sus prácticas, discursos y relaciones, que se refuerzan y complementan una a la otra:

La forma de castigarnos de la mayoría de los profesores era pegándonos, nos daban con una tal férula. Decían: —¡Pase las manos! Nos cogían y tres o cuatro ¡pam, pam, pam! Y si de paso uno se ponía bravo, le seguían dando, pero por las costillas. Uno no se podía poner a refutar y si iba a la casa y se quejaba con la mamá: —es que la profesora me pego. Le respondían a uno: —Pues por algo le pegó. ¡Imagínese! Tras del hecho, las viejas esas, le daban quejas directamente a los papás de uno para que nos cascaran más, y si no lo defendían en la casa ¿dónde más? Si no le daban allí, le daban aquí, pero uno no se escapaba de eso. Es que los papás siempre decían que debíamos respetar a nuestros profesores como si fueran nuestros segundos padres, eso era una razón más para darnos duro. (Blanca, Comunicación personal, noviembre, 2019)

Este fragmento evidencia cómo las instituciones le otorgan un orden a la sociedad y la vida en sí misma de los sujetos y en este caso a la infancia. En este fragmento se muestra una jerarquía irrefutable de la maestra y los padres como autoridad, que en palabras de Carli nos explica que “las relaciones entre adultos y niños resultan siempre relaciones contingentes, cuyo sentido es producto de una construcción histórica fuertemente atravesada por el poder, y esa contingencia es mayor en una relación caracterizada por la asimetría [...]” (2005, p. 24). Esta asimetría genera unas formas concretas de castigo que dan apertura a la legitimidad frente a la autoridad que, además, como adulto tienen como responsabilidad transmitir las conductas, valores y normas comunes que les permitan generar unos modos de estar dentro de la institución misma. De este trabajo se encargan los procesos de socialización, para lo que Dubet (2007) complementa que:

las conductas de los actores, sus subjetividades, proceden de la interiorización de los valores, las normas y las restricciones del sistema (...) los actores son “libres” y persiguen objetivos propios, pero estos están fijados por normas, papeles, valores y mecanismos de control social que son formas de interiorizar las reglas del sistema social. (p. 110).

Una de las formas de interiorización de estas reglas sociales fue el castigo como se mencionó anteriormente, sin embargo, estas prácticas no precisamente responden a una sola forma de actuar frente a la transmisión de ese orden social y simbólico, sino que los sujetos encuentran otras formas de relacionarse con esas exigencias, como la maestra Priscila:

En la escuela teníamos distintos profesores y entre esos estaba la profesora Priscila, tenía la voluntad y carisma de la virgen del Carmen. Ella era muy buena con nosotros, cuando olvidábamos los trabajos ella nos daba la oportunidad de realizarlos en clase y evitar el regaño en casa que tanto nos daba miedo a los niños de entonces. Era muy buena maestra, a diferencia de los otros maestros que si faltaba algo nos castigaban poniéndonos de rodillas y pegándonos en las manos con una regla. (Blanca, Comunicación personal, noviembre del 2019)

Esta maestra no deja de desconocer ni de transmitir este orden simbólico y social, sino que cambia sus procesos de socialización en cuanto a las prácticas de transmisión. Esto permite que Blanca tenga una experiencia distinta que le hace ver que existen otras formas de actuar ante la institución, sin dejar de apropiarse lo que la misma espera de ella. Así mismo, es posible observar cómo aquellas prácticas de

socialización se podían interpelar por el sujeto como transmisor en este caso las maestras, el sujeto al cual se direcciona el proceso de socialización también puede interpelar aquello que se le es transmitido. En su momento, el acatamiento de las normas comunes y el respeto hacia el adulto era fundamental, pero podemos ver cómo las dos hermanas actúan de distintas maneras frente a la apropiación de estas:

Un día, durante la clase de costura, con María se nos ocurrió hacer una maldad, maldad de las travesuras mismas que hacen los niños. En el colegio había una gran mezcladora, y decidimos encaramarnos por las escaleras hasta bien arriba. Pero estando arriba en la parte más alta, el conductor con aires de payaso empezó a mover el bulldozer en son maldadoso y buscando un próximo jaloncito de orejas para nosotras. Nos asustamos tanto que empezamos a gritar. La maestra enfurecida por el alboroto y el riesgo que corrimos nos sacó de allá a gritos, nos regañaba y preguntaba por qué razón estábamos en ese lugar. María, muy disgustada, le contestó que ella no tenía por qué gritarnos. Con más motivos, la maestra nos pegó en las manos con una regla e informó nuestros papás, quienes también nos pegaron. (Blanca, Comunicación personal, noviembre, 2019)

El fragmento logra condensar aquello que los sujetos pueden interiorizar, cuestionarse o resistirse a propósito de los discursos y las prácticas que se dan desde los procesos de socialización. María en este caso interpela la autoridad y la competencia que tiene para castigarla la maestra, donde entra el refuerzo de esta y de los padres para vincularla dentro de ese orden social. Blanca por otro lado toma una posición receptiva y acepta la falta, cada una de ellas logra interpelar los procesos de socialización e interiorizarlos de distintas maneras, esto marca las formas de actuar frente a las circunstancias que el día a día les ofrece.

Para Blanca la interiorización de esos valores, normas, prácticas y discursos fueron claves para su constitución como sujeto y marcaron unas maneras propias de actuar a lo largo de su vida, se destacaba por ser una niña obediente y respetuosa, que es el reflejo de lo que las instituciones familia, escuela y religión permearon en ella. Instituciones que se encarnan en las relaciones cotidianas con otros (padres, maestros, coetáneos), en la imagen que los sujetos construyen sobre sí mismos con base, entre otros aspectos, en las expectativas de esos otros. Esto nos dice que:

nuestras conductas y nuestros pensamientos proceden de la manera en que hemos interiorizado modelos culturales, normas, funciones e identidades. En gran medida me defino por lo que la sociedad ha programado en mí, mi identidad sigue siendo, en parte, lo que los demás me atribuyen y que he terminado incorporando. (Dubet, 2007, p. 116)

Blanca es interpelada por los valores, normas, discursos, prácticas, etc. que los procesos de socialización le han puesto a su disposición, para los cuales ella aprueba e incorpora. Desde ese lugar en el que ella se posiciona, se cuestiona las distintas maneras en las que sus hermanas se comportan. La interiorización de estos procesos de socialización es distinta para cada una de ellas y lo que permite que se genere esta diferencia es gracias a la singularidad de la experiencia de cada sujeto. Además, las relaciones propias de cada uno en su familia fortalecen aún más esa subjetivación que Blanca está en constante configuración, en contrastarse con sus hermanas y el vínculo que tiene con su padre. Es otra muestra de cómo los sujetos logran dar significado y configurar su subjetividad de distintas formas, ante los mismos procesos o circunstancias, en palabras de Dubet:

La subjetividad de los actores no debe ser identificada con la imagen demasiado blanda y vaga de lo “vivido” [...] Al contrario de tomarse en serio el sentimiento de libertad manifestado por los individuos, no porque sea la expresión de una “verdad de libertad”, sino porque da fe de la experiencia misma, de la necesidad de administrar varias lógicas, de la percepción de la acción como un desafío y como un “drama”. (1994, p. 91)

El siguiente fragmento permite observar lo que se viene argumentando:

Recuerdo que a veces, si mi papá me pedía un favor, yo dejaba lo que estaba haciendo y lo hacía, en cambio mi hermana Georgina fue muy rebelde, porque ella nació con la chispa que ella ya quería salir; ya quería brincar. Y mis padres, ataje y ataje. Mi papá me ponía de ejemplo para ellas, decía: —¡Mire a su hermana Blanca, ¡cuándo la ven correteando por allá! Y es por eso por lo que me consideraba como la favorita de él, y para mí él era un guerrero. (Blanca, Comunicación personal, noviembre del 2019)

Los procesos de socialización en este orden simbólico y social que tuvo Blanca, por cuenta de las tres instituciones latentes en el transcurso del relato, se pueden ver reflejados en los juegos, las formas de relacionarse, las posturas que toma frente a las situaciones de su vida y la mirada que se hace de sí misma en torno a su experiencia de infancia. La familia es una de las instituciones que más marca las

prácticas y discursos frente a lo socialización de Blanca como se aprecia en el siguiente apartado:

Mis padres nos inculcaron siempre ser muy católicos, ser respetuosos y no ser mala gente con los demás, sino más bien mostrarse siempre muy serviciales mostrarse con ánimos de ayudar a las personas, por ejemplo algo que mi mamá nos decía a nosotros cuando estábamos en la escuela era que siempre que un compañero nos pidiera el favor de que le prestáramos un lápiz, una aguja o lo que sea, que se lo pasáramos, que no fuéramos egoístas porque eso no se hace. Si usted estaba comiendo y veía que alguno de sus compañeros no tenía nada y usted podía darle un pedacito, no fuera envidioso. De los valores que nos impartieron nuestros padres estaba el respeto, debíamos respetar mucho a todos los profesores sobre todo porque ellos decían que nuestros maestros eran los segundos padres de uno, porque ellos le enseñaban muchas cosas también, donde no lo hiciéramos nos daban juete, nos daban duro con la férula. (Blanca, Comunicación personal, noviembre del 2019)

La religión y la familia para el contexto socio-histórico estaban estrechamente ligadas, la moral que se establecía era situada desde las prácticas y discursos católicos, que mediaban el actuar de los sujetos y en su forma de comprender y situarse en el mundo. Para lo que Dubet nos dice que “Los actores tienen una intencionalidad, son ‘libres’ y persiguen objetivos propios, pero estos están fijados por normas, papeles, valores y mecanismos de control social que son formas de interiorizar las reglas del sistema social” (2007, p. 110). De esta manera el respeto, la misericordia y la empatía eran aquellos valores que prevalecían y lo que las instituciones apuntaban como objetivo colectivo (la moral), por otro lado, estaba la envidia, la grosería, el egoísmo y el irrespeto a los mayores, que eran aquello que los adultos intentaban mitigar. El Estado también estaba inmerso en la apropiación de ese orden simbólico en su transmisión, para lo cual se sitúa como vigilante del cumplimiento de los deberes sociales y legales de los padres hacia sus hijos. Así se evidencia en la Ley Orgánica de la defensa del niño:

ARTÍCULO 48. Siempre que el Juez de Menores tenga conocimiento, ya sea por denuncia, o de oficio, de que hay un menor moral o físicamente abandonado o en peligro, abrirá en el acto la investigación correspondiente y se informará, por sí o por medio de sus delegados, detalladamente de las condiciones que rodean al menor, del ambiente de moralidad en que viva, de los medios de subsistencia y de los antecedentes de todo orden personales y familiares. (1946, p. 11)

Es así como los padres eran responsables de crear las condiciones morales propias para el hogar y así mismo encargarse del proceso de socialización. Estos

valores, prácticas y discursos compartidos en lo social se ven en las distintas esferas de la vida de Blanca, en el juego con sus amigos del barrio, en las relaciones entre niños y niñas, en el seguimiento de normas, en las relaciones asimétricas entre adultos y niños.

Las prácticas mismas de castigo se modificaban según las instituciones que las estuvieran atravesando y las formas particulares que cada sujeto que ejerce el castigo permitieron unas dinámicas propias para manifestarse:

Por otro lado, recuerdo que mi papá no nos castigaba, así como otros papás. Cuando el problema era grande, recibíamos dos juetazos, pero cuando no, él nos metía en medio de las piernas nos dejaba el rabo pa' fuera y tenga dos o tres palmadas. Igual, imagínese una mano de él y como antes, en ese tiempo, uno usaba solo los calzones, qué pantalones ni qué nada, pues ¡claro!, le dejaban marcado todo en el culo a uno. Mi papá daba miedo cuando estaba bravo porque uno sabía cuándo se iba a quitar la correa. Después llegaba y lo apretaba a uno y tomé, pero golpear, así como otros papás que eran donde caiga y a romperle la cara o ponernos negras, no, él no era así. (Blanca, Comunicación personal, noviembre, 2019)

La forma de castigarnos de la mayoría de los profesores era pegándonos, nos daban con una tal férula. Decían: —¡Pase las manos! Nos cogían y tres o cuatro ¡pam, pam, pam! Y si de paso uno se ponía bravo, le seguían dando, pero por las costillas. (Blanca, Comunicación personal, noviembre, 2019)

La familia y la escuela fueron aquellas instituciones que toman castigo físico como mediador de conflicto y como pauta de crianza, pero vemos cómo en la familia de Blanca las dinámicas del castigo cambian y hasta se permite ver una escala del mismo, todo dependía de la circunstancia bajo la que se encontrara. Para la escuela el castigo era generalizado o común para todo un grupo aunque podía variar en cuanto al tipo de castigo. Estas prácticas se ven constantes en la infancia de Blanca.

En conclusión, las instituciones están articuladas en distintos niveles que permite ver sus formas de complementarse o subordinarse. El Estado por su parte está presente a través de la familia, la iglesia y la escuela. En la familia es el vigilante de sus prácticas y el cumplimiento de los deberes de los padres hacia sus hijos, en la escuela da lineamientos además de estar subordinada en clave moral a la iglesia. De esta manera las instituciones que atraviesan el relato de Blanca logran dejar huella en cuanto las configuraciones de la infancia en sus prácticas, discursos, valores,

relaciones y las formas de verse y situarse ante el mundo, de significar su experiencia misma de infancia.

Por otra parte, cabe resaltar que en ese momento sociohistórico la violencia produjo unos cambios importantes en la vida social y comunitaria en la que los sujetos transformaron sus modos de relación y sus dinámicas propias. Además, la violencia produjo unas formas de socialización que marcaron unos cambios e irrupciones en las temporalidades, los espacio y las formas de habitar el territorio, dejando unas marcas particulares en cómo los sujetos se relacionan con el mundo.



Capítulo III

Relaciones y configuraciones de la subjetividad

En este capítulo se presenta las distintas relaciones que emergen en el relato y que configuran de una manera particular la subjetividad de Blanca, como lo son esas diversas formas de relación con los otros y como estas terminan por darle un sentido a esa construcción misma como sujeto. Además, cómo esos procesos de socialización emergentes en este relato atraviesan la vida de esta persona, dándole un sentido a ese cúmulo de experiencias que configura lo que el individuo determinará como parte de sí.

De igual forma, como en los capítulos anteriores, se analizaron fragmentos del relato a fin de señalar ciertas prácticas y discursos, que jugaron un papel fundamental en su configuración como sujeto. En este capítulo analizamos los apartados del relato que corresponden a *“La alcahueta de mi hermana”* y *“La encalambrada de la mesa”*. El primero, se presenta a continuación; el segundo, por su parte, ya fue expuesto en el capítulo anterior. Posteriormente, se encuentra el análisis de las relaciones, discursos y prácticas halladas en su relato y, por último, el énfasis en las configuraciones de su subjetividad.

Yo era la alcahueta de mi hermana

(Colombia, 1955, El declive del del Jefe supremo e inicio de la Dictadura)

Posteriormente esta dictadura toma un carácter más propio de las dictaduras latinoamericanas, en donde se invierte en armamento y modernización de las fuerzas armadas con la excusa de combatir el comunismo, de ahí que se inicie una “cruzada anticomunista” en particular la dictadura de Rojas Pinilla se volvió cada vez más dura, en donde no cesaba la violencia en la zona rural, se censuraron medios de comunicación y periodismo. Rojas Pinilla en ese entonces se auto proclamaba como el “General Jefe supremo”, y solicitó a las fuerzas realizar un juramento solemne.

Un día recuerdo, salía yo con mi hermana, siempre evadiendo a nuestro papá, con la excusa (planeada por María, cabe aclarar) de salir a misa o algún lado, siempre terminamos en la misa o almorzando, pero acompañadas por Don Martínez, la verdadera intención de estos escapes a los ojos de nuestros padres. Don Martínez siempre nos esperaba en algún lado, mi padre no lo soportaba y por esa razón nunca dejaba a María salir sola. Yo ya estaba acostumbrada a sufrir la rabia de mi padre cada vez que nos pillaba con él. Siempre fui tildada de alcahueta, eso siempre me cansaba porque las nalgadas las recibía yo.

Un día cualquiera, María desapareció. No estaba en su cuarto, no estaba en la iglesia ni en la escuela, ¡ella se fue!, ¡se fue con don Martínez! Mi papá sólo tenía en su cabeza, que este tipo se la había llevado, la secuestró... Pasaron ocho meses, cargados cada uno de ellos de desesperación y rabia en el cuerpo de mi padre. Cada día él guardaba la esperanza de recuperar a su niña, esa que le daba dolores de cabeza en continuas ocasiones, pero que no dejaba de ser su hija.

Mi padre una mañana se vio presuroso, tenía una cita con las autoridades que le prestaban apoyo en la búsqueda de María, ellos se llamaban en ese entonces el DAS. Le dieron a mi padre la noticia que había estado esperando durante mucho tiempo: María se encontraba en el barrio la Perseverancia, en el centro de la ciudad, más precisamente cerca a la Media Torta. Estaba ella allí, oculta entre un cuarto que parecía ser más una prisión, una prisión a la que el sol llegaba con dificultad. ¡Y sí! don Martínez era el guardia de ese encierro.

Todas esas lágrimas de mi papá por la ausencia de la niña, las pagó don Martínez en la cárcel. Él se llevó a mi hermana cuando apenas tenía 16 años ¡Por Dios, era una niña! Pero es ahí donde no entendí las pasiones del amor de las personas. Ella, a pesar de sufrir tal encierro, maltratos, la separación de nuestra familia y todos los que la conocían, aún insistía

en ver a don Martínez. No le importaba que el destino justo e irónicamente lo había encerrado por sus actos.

Una vez más fui cómplice de María, salí tras de ella. Ese día María me pidió acompañarla a la cárcel. Inventamos que íbamos para Monserrate, una inquilina nos hizo el cuarto para salir. Éramos dos niñas, una de dieciséis y otra de doce o trece años visitando un lugar que nadie quisiera pisar jamás. Tal visita pasó muy brevemente, las horas pasaron como el viento y cuando menos pensamos ya estábamos en casa cocinando en una estufa de leña y piedra, para mi padre.

Pero como todo lo que uno hace tiene oídos y todo siempre sale a la luz... en un descuido mío, subí las mangas de mi buso para lavar los trastes o cocinar, no recuerdo muy bien. Como si el diablo hubiese llamado a mi padre, él entró por algo y vio en mis brazos descubiertos los dos sellos que suelen poner a la entrada y salida de la cárcel, ese día sentí que mi padre me iba a matar. Por supuesto, estaba furioso. Me recalcó con voz enojada —Usted es una niña, qué tiene que hacer en una cárcel. Ese día me gané mis buenas nalgadas, mi papá le prohibió a mi hermana volver a sacarme.

Ya había pasado la condena de Don Martínez, mi hermana frecuentaba con él. Una tarde me pidió María que la acompañara a salir, tomé unos mangos, unas naranjas y unas mandarinas para las dos, esas que papá traía del mercado. De repente retumba la voz de nuestro padre, un tono incrédulo que salía de sus labios, —¿Para dónde lleva eso? En ese momento solo pensé en lo que me vendría si nos veían con don Martínez... no tuve más voluntad y le dije a María: —No, vaya usted, ya estoy cansada de que mi papá siempre me pegue.

Desde entonces, ella se fue con él, tal vez se fue de la vida de nosotros, se fue de mi lado... Mi padre, derrotado por la resignación sólo pronunció unas palabras cortantes que sentenciaron la ruptura con María —Que haga lo que se le dé la gana, no voy a nadar más contra la corriente. Palabras que se encendieron cuando él se enteró de que ella estaba embarazada. Al final de cuentas don Martínez logró su cometido, se quedó con ella. Pero quien perdió fue ella, no estudió, perdió dos mellizos, sufrió maltrato de don Martínez, nunca tuvo la oportunidad de trabajar, a causa de la relación posesiva a la que la sometió aquel hombre. Es que ¡Mi hermana tan bonita que era, pero muy boba que fue!!

Con la distancia cambió todo, me dolía mucho verla, al igual que a mi madre a quien se le escurrían las lágrimas ocasionalmente. Ella toda flaquita, con las cicatrices de los malos ratos que le brindaba don Martínez, siempre paranoica de que él llegara, fue siempre su secuestrador. Ella se dedicó a ser madre, yo intenté hacer que ella se dedicara a la costura, la hermana menor le enseñó a la mayor. Amaba esos momentos donde fuimos felices, cuando estudiábamos, cuando nos escapamos una vez a un bazar frente a la casa. Esa noche resonaba esa canción llamada Carmentea, María e Ignacio bailaron al son de las notas, bailamos hasta que apareció mi papá, nos llevó de las mechas y le dijo hasta de que se iba a morir al cucho este. Esa noche no nos pegó, solo nos mandó a quitarnos los trapos y a dormir. (Yo lo quería harto llora) y la sacó a puro juguete de allá.

¡Siempre recuerdo! nos reíamos, ella en su silla de ruedas me escuchaba cuando le recordaba esas veces cuando nos subíamos a las grúas y excavadoras que dejaban en las construcciones. Recordábamos sentadas, bajo el aroma de una taza de tinto caliente. Cuando nos íbamos caminando desde aquí en Bravo Páez, hasta la iglesia del 20 de Julio, siempre lo hacíamos temprano en la mañana, nos alistábamos y salíamos destino a la misa.

Caminábamos entre potreros destapados, recogíamos flores en el camino; solíamos ahorrar de a cinco pesos diarios, los ahorrábamos toda la semana de las onces de la escuela, ahorrábamos los míos o los de ella, para comprar dulces y esas cosas de algodón que vendían a las afueras de la iglesia. Nos gustaba permanecer entre la muchedumbre que se formaba los domingos después de la misa. Cuando llegábamos a casa mi padre nos preguntaba que de dónde habíamos sacado dinero para esos dulces, yo le decía que los ahorrábamos y de castigo él nos daba solo un centavo a la semana siguiente.

Es que a pesar de que mi papá era muy estricto con nosotras María se le salió de las manos, pero con nosotros fue él más estricto que mi mamá. Mi papá era el que decía! ¡Ay, que yo las veo a ustedes en el portón paradas!

Y así fue, mi papá nunca nos permitió a nosotras andar paradas en un portón ni cogiéndose de la mano, él decía -no, qué ridiculez ¿no le da vergüenza? que le miren esa jeta, que no sé qué-. Yo también fui así de estricta con mis hijos, con mi hija más que todo... Regresando a mi papá, él no nos permitió nunca eso, que dijéramos: camine vamos a dar una vuelta o camine nos vamos nos vamos a ir a tal parte- ¡¡ ay ay ay Virgen Santísima!! y no solo nos daba a nosotras si no también le daba a mi mamá porque para que nos dejaba ir, pero nosotras por no ver sufrir a mi mamá pues no nos íbamos a salir.

Nosotros con Cipriano nos casamos porque ellos llegaron a la casa y las cosas fueron diferentes. Yo fui casada en el año 1963 y mi primer hijo nació en 1964. En mi registro de matrimonio aparece que tenía 27 años porque si no me hubieran anulado el matrimonio porque yo no me podía cansar antes ya que yo era muy joven, me casé con permiso de mi papá y de mi mamá además del permiso del cura, porque al ir a registrarlo lo podían anular o me tenían que esperar para que me lo registraran hasta los 21 años, pero no podía porque con eso era que podíamos registrar a los niños. Me casé en 17 de agosto y el 23 fui a registrar el matrimonio del mismo año, aunque tenía 17 años lo hice registrar con 21. Entonces mi padre tenía razón si un hombre venía enamorado se casaba o se casaba, pero aquí no viene hacer chinitos mijitos por aparte por qué. ¡Juemadre! por eso mis hijos todos fueron dentro del matrimonio

Yo me conocí con Cipriano a la edad de 16 años, me llevaba 13 años y claro, todavía uno es muy bobo porque él tenía 29 años y ya tenía mucho mundo por delante, él en ese momento acababa de prestar el servicio militar y había tenido novias en cambio, nosotras aquí que novio ni que nada, igual nunca vivimos con inquilinos varones, nos enseñaron a vivir solas, mi papá era muy reservado para dejarlo salir a uno, pero como él era el hermano de una inquilina, pues iba de vez en cuando a visitarla y nos cruzábamos, hasta que se enamoró de mí.

En esa época fue cuando empezó la cedulaación, a uno le tocaba sacar la cédula con el apellido del esposo, pero eso sirve mucho, uno cree que no. Tener el apellido del marido ahorita es como si fuera un pecado, por ejemplo antes para yo poder hacer trámites tenía que llevar el registro civil de matrimonio para todo lado, porque así confirmaban que yo era casada. Yo tenía un registro también que me servía para confirmar que esos cuatro hijos que tenía yo, eran de él también, a mí me tocó bregar mucho con todos esos trámites que tuve que hacer para no perder mi casa, porque yo tengo en la cédula mi nombre completo - "Blanca Lucía Gutiérrez de Montoya" - es que nosotros nos hacíamos mayores de edad hasta los 21 años, por eso yo me casé a los 17 años pero no pude sacar cédula hasta cuando tuve a Enrique que cumplí 21 años.

Algo que no tenía don Martínez a diferencia de mi papá y mi esposo, era que ellos sí eran muy hogareños. Mi papa no, a él le gustaban otras cosas. Sin embargo, la relación de mis papás era muy buena. Ya después, cuando todos éramos grandes, cuando nos casamos, mi papá metió a una vieja a nuestras vidas y se separó de mi mamá. Ella sufrió mucho por eso, pero bueno, ahí se sobrepuso. Ella fue la primera en morir y a los 5 años murió mi papá, pero de verdad que eché de menos a mi papá, demasiado, mucho, mucho. A pesar de todo, de que él se fuera con otra persona, jamás perdí el contacto con él y por eso discutía con mis hermanos, me regañaban y me decían —¡Pendeja de mierda, nuestro papá se fue y usted todavía con él! Pero a pesar de todo, yo pensaba mucho en él. Yo adoraba a mi papá. Cuando él iba a visitarnos yo le ofrecía tinto y mis hermanos me peleaban, me decían que yo sí era muy boba —Llegó su papasito, su papasito. Mi papasito era mi papá, es que él me quería mucho y cuando yo me fui de aquí de la casa, para él fue otra cosa, llegó por allá a buscarme, así mi papasito yo sí que lo quería mucho. Pero la verdad es que una cosa era mi papá como esposo y otra cosa era el cómo papá.

En esa relación que teníamos don Martínez y yo, recuerdo que un día César, el hijo de mi hermana, se enfermó muy grave cuando era pequeño. María muy preocupada dijo que tenía que irlo a bautizar, entonces yo, a mis 18 añitos, serví de madrina con Cipriano. Llevamos al niño a la iglesia Santander. Teníamos que esperar a que se cumpliera el cupo de niños a bautizar, eran cinco, como lo exigía la iglesia. Le bautizamos el chinito. Luego nos enteramos de que Ignacio lo bautizó por segunda vez, porque no le gustó que nosotros fuéramos los padrinos. Él fue, no sé de dónde consiguió unos padrinos y lo volvió a bautizar. Ya después de viejo, César nos sigue reconociendo como sus padrinos.

3.1. Relaciones, discursos y prácticas: tensiones entre el orden simbólico y la experiencia infantil

Como se intentó mostrar en el segundo capítulo, los sujetos son socializados desde su infancia y mediante las relaciones con el otro y las instituciones, interiorizan y fortalecen los procesos de socialización, valores, prácticas y discursos. Así mismo, el sujeto construye un marco de comprensión que le permite

relacionarse con el mundo y con los otros; estos elementos mantienen el orden social. En esta parte del relato de Blanca se pueden observar los lugares desde los cuales ella construyó su identidad, tanto niña, hija, hermana, esposa y mujer. Es preciso ver cómo las distintas relaciones van reconfigurando su subjetividad y, del mismo modo, los procesos de socialización generaron influencias en el desarrollo de la personalidad de Blanca, a través de discursos y prácticas vividas en su infancia y a lo largo de su vida.

De acuerdo con lo anterior, en este apartado se presentan las relaciones que fueron claves en las configuraciones de la subjetividad de Blanca. Un ejemplo de estas configuraciones se encuentra en la relación con su padre, quien le brindó seguridad y acompañamiento, además de mantener un vínculo afectivo especial con ella. Este vínculo con su padre no lo encontró con ningún otro miembro de su familia y prevaleció ante las adversidades y problemáticas en las que se vieron implicadas sus vidas. La figura paterna fue elemental para Blanca, pues su padre fue la imagen base que ella adoptó para la construcción de su identidad, y que reconoce tomar gracias a la enseñanza y ejemplo reflejado en él, como lo podemos apreciar el siguiente fragmento:

Mi padre solía llevarme al médico, cuando estábamos en el Restrepo me traía a Bogotá, aún estando acá en la ciudad él era el que me llevaba. Yo siempre viajaba con él, siempre sentí que él tenía un afecto especial por mí. *(Blanca, comunicación personal, 18 de noviembre, 2019)*

Allí se evidencia que el padre es quien representó la figura protectora, este rol es latente a lo largo del relato, puesto que en la cotidianidad de ese entonces fue quien la acompañó en el tratamiento de su enfermedad. Esa figura paterna, en relación con Blanca se vio marcada por favoritismo, del cual no fueron merecedoras el resto de sus hermanas durante todo el relato. Por ejemplo, el estrenar vestido nuevo en su primera comunión y en su matrimonio, (a diferencia de sus hermanas a quienes les fueron donadas por caridades estas indumentarias) da cuenta de esas muestras de relación privilegiada que Blanca resalta a lo largo del relato.

Cuando ella menciona que sentía un afecto especial por parte su padre, da luz del lugar en el que ella se sitúa e identifica, respecto a esas relaciones familiares

que enuncia en el relato, y cómo logró configurar de cierto modo su comportamiento y formas de ver el mundo. La afirmación de este afecto especial se ve en el siguiente fragmento:

Yo quise mucho a mi papá, demasiado. Claro que a mi mamá también la amaba, pero yo no sé, yo tenía como una chispa más por mi papá y mi papá también me quería más a mí (*Blanca, comunicación personal, 18 de noviembre, 2019*)

Se aprecia como la relación con el padre prevalece sobre otras relaciones, y cómo ella responde dándole un lugar distinto a su padre, no solo basado en el respeto y la relación jerárquica (relación tradicional, dictada por las instituciones a mediados del siglo XX), sino que le atribuye el carácter de “ejemplar” para su construcción como sujeto. Todo lo que su padre asumió en cuanto a ella y la familia, prevalece en su memoria y está cargado de un significado trascendental, siendo así el principal modelo de referencia para la configuración de su subjetividad.

Retomando lo mencionado a lo largo del capítulo, su padre representó una figura no solamente de seguridad y de protección, sino que configuró de cierta manera las formas de ser de Blanca. El padre es quien ella ve como esa figura que la acompañó, la cuidó y se esforzó por ser mejor para ella y para toda su familia. Blanca se ubicó en un lugar simbólico donde esa relación de protección, responsabilidad y sacrificio dicta la forma adecuada de cómo debe ser constituida una familia. De esta manera se recogió en su relato, todas esas cualidades que resaltaban de las experiencias vividas con su padre y su familia en general, esos valores y la “berraquera”, como lo manifiesta con sus propias palabras. Por consiguiente, se transformó en esas formas de lucha contra esas circunstancias que reforman la realidad y reconfiguran la subjetividad.

Mi madre nunca me pudo acompañar, ella no sabía leer, no sabía escribir, eso le dificultaba hacer mis vueltas en el médico. Mi papá si salía conmigo para dónde fuera y él siempre llegaba con algo (*Blanca, comunicación personal, 7 de noviembre, 2019*).

Por otra parte, y acorde a la anterior cita del relato, en la relación con la madre, podemos ver cómo el rol de la mujer marca un lugar en la época; es decir, da cuenta del discurso predominante respecto de lo que debía hacer una mujer, refleja unas formas de ser determinadas por un momento social, político e histórico. El no

acceder a la alfabetización por parte de la mamá de Blanca (a diferencia de su padre que si la obtuvo), muestra cómo el hombre se situó en un lugar de superioridad en comparación con la mujer, al menos en lo que respecta a las herramientas que se consideraban necesarias para el desenvolvimiento en la ciudad. Esto respondió a unas lógicas cargadas de ideologías propias de la época, donde se atribuían otras clases de discursos, donde se consideraba a la mujer no digna para ciertas funciones y donde tenía que responder a ciertas costumbres.

Asimismo, a pesar de estar en auge algunas manifestaciones por parte de mujeres que exigían sus derechos, y los movimientos feministas que estaban vislumbrando ya algunos resultados, Colombia fue de los últimos países en América en concederle a la mujer sus derechos políticos, tal como lo fue el derecho al voto que se otorgó el 1 de diciembre de 1957 con el plebiscito, y el de obtención de una ciudadanía que lo concedió también el entonces presidente de facto Gustavo Rojas Pinilla en 1954, del cual prescindieron las mujeres.

Retomando nuevamente el relato, el no saber leer o escribir por parte de la mamá de Blanca como bien lo expresa el párrafo, creó una barrera en las relaciones entre ellas dos, ya que, en contraste con el padre, ella no pudo cumplir con ciertas demandas primarias de Blanca, como lo fue su asistencia a el médico, debido a su peculiar condición de salud. Esa imposibilidad de realizar ciertas actividades como llevar a Blanca al médico, hicieron que el padre tomara una posición sobresaliente en la vida de Blanca, donde a lo largo del relato menciona ella en repetidas ocasiones que sentía gran afecto por ambos padres, sin embargo, sintió una mayor cercanía con su papá, efecto del acompañamiento y predilección afectiva de él sobre ella.

Por lo tanto, es importante reconocer que en esa relación con la madre se constatan varias prácticas y formas de ser, conforme a lo señalado en el relato. Su madre fue una mujer entregada al hogar y a su familia, ya que su padre le limitó el ejercicio de trabajar. Esto revela ciertos discursos que en la época eran evidentemente aplicados y normalizados, junto a unas maneras de ser mujer, esposa y madre que correspondieron a un ideal de la época:

La relación que teníamos las dos con María era única, muy buena. A diferencia de mis otras hermanas, con ellas no me entendía así, pero a pesar de eso considero que mi hermana fue muy rebelde y mi hermana Georgina igual. Recuerdo que a veces, si mi papá me pedía un favor, yo dejaba lo que estaba haciendo y lo hacía, en cambio mi hermana Georgina fue muy rebelde, porque ella nació con la chispa que ella ya quería salir; ya quería brincar. Y mis padres, ataje y ataje. Mi papá me ponía de ejemplo para ellas, decía: —¡Mire a su hermana Blanca, ¡cuándo la ven correteando por allá! Y es por eso por lo que me consideraba como la favorita de él, y para mí él era un guerrero. Él, a diferencia de otros, no se echó a la pena y nos sacó adelante. (*Blanca, comunicación personal, 7 de noviembre del 2019*)

Además de la estrecha relación con el padre, en el relato se muestra cómo Blanca habla repetitiva y significativamente de la relación con su hermana María, cómo ellas dos establecieron una manera de relacionarse íntima y exclusiva, y cómo ese vínculo representó para ella mucho más que unos modos de ser niña. Su hermana en semejanza al rol del padre también fue figura de protección. En el relato, Blanca afirma cómo esa relación exclusiva con su hermana María no se dio con sus otras hermanas aún en su adultez. Menciona, además, que, a pesar del tiempo, siempre recuerda momentos inolvidables que quedaron plasmados en su memoria, ellas nunca perdieron su contacto como cómplices, amigas y hermanas. Ejemplo de esta complicidad se aprecia en el siguiente fragmento:

Un día recuerdo, salía yo con mi hermana, siempre evadiendo a nuestro papá, con la excusa (planeada por María, cabe aclarar) de salir a misa o algún lado, siempre terminamos en la misa o almorzando, pero acompañadas por don Martínez, la verdadera intención de estos escapes a los ojos de nuestros padres. don Martínez siempre nos esperaba en algún lado, mi padre no lo soportaba y por esa razón nunca dejaba a María salir sola. Yo ya estaba acostumbrada a sufrir la rabia de mi padre cada vez que nos pillaba con él. Siempre fui tildada de alcahueta, eso siempre me cansaba porque las nalgadas las recibía yo. (*Blanca, comunicación personal, 7 de noviembre, 2019*)

De tal manera, Blanca tomó de referente a su hermana a lo largo del relato, y en el apartado anterior se evidenció cómo esa relación marca unas diferencias entre el decir y el hacer. Cuando ella decide ser la alcahueta de su hermana María, asumió asimismo ir en contra de sus valores, y reconoce que el acompañar a su hermana fue tomar otra postura e irse en contra de su padre, quien luego se enteró y le castigó. Sin embargo, ella acompañó a su hermana corriendo todo riesgo. De igual manera, es notable cómo a pesar de ella cuestionar mucho el comportamiento de su hermana, fue cómplice de la mayoría de sus travesías, sin objetarse nada y contra la

corriente, donde se demarcó esa tensión del orden simbólico, evidenciando así los aspectos de la vida que rehúyen a las instituciones y que resultan fundamentales en la configuración de unos modos de ser sujeto:

Por otro lado, recuerdo que mi papá no nos castigaba, así como otros papás. Cuando el problema era grande, recibimos dos juetazos, pero cuando no, él nos metía en medio de las piernas nos dejaba el rabo pa' fuera y tenga dos o tres palmadas. Igual, imagínese una mano de él y como antes, en ese tiempo, uno usaba solo los calzones, qué pantalones ni qué nada, pues ¡claro!, le dejaban marcado todo en el culo a uno. Mi papá daba miedo cuando estaba bravo porque uno sabía cuándo se iba a quitar la correa. *(Blanca, comunicación personal, 5 de noviembre, 2019)*

Otro aspecto para considerar se evidencia en cómo las prácticas de castigo configuran, de igual manera, unas formas de ser sujeto. En este caso Blanca resaltó que su padre si les reprendió en diferentes ocasiones, pero jamás abusó de su fuerza. Blanca temía cuando su padre estaba enojado, sin embargo, ella señala que este castigo y enojo siempre recaía sobre ellas a causa de las malas conductas, de actuar incorrectamente según lo que se consideraba para la edad de ella. Ejemplo de estas formas correctas de ser, se reflejaban en el respeto por sus pares, sus maestros, el respeto fue imprescindible en la experiencia de Blanca. Esto muestra cómo las instituciones inscriben un orden simbólico, que termina configurando la subjetividad de Blanca con ciertas normas, valores y restricciones:

*Una vez más fui cómplice de María, salí tras de ella. Ese día María me pidió acompañarla a la cárcel. Inventamos que íbamos para Monserrate, una inquilina nos hizo el cuarto para salir. Éramos dos niñas, una de dieciséis y otra de doce o trece años visitando un lugar que nadie quisiera pisar jamás. Tal visita pasó muy brevemente, las horas pasaron como el viento y cuando menos pensamos ya estábamos en casa cocinando en una estufa de leña y piedra, para mi padre. *(Blanca, comunicación personal, 5 de noviembre del 2019)**

En el anterior apartado, da cuenta de ciertas dinámicas contextuales e históricas en cuanto a la constitución de la infancia, donde ser niño tenía unas características propias y donde los discursos que giraban en torno a la infancia, empezaban a tomar matices hacia el cuidado y la protección del niño. Como resultado de estos discursos, se reproduce una mayor regulación del comportamiento del niño, una administración de los tiempos y los espacios: se delimita con claridad qué debían

hacer y qué no. Es allí donde las instituciones entran en diálogo con los niños, es donde Blanca apropia las maneras de ser en sociedad.

Por otro lado, a lo largo del relato se percibió cómo existió una cierta independencia en la infancia, pues se vislumbraron algunas actividades que en la contemporaneidad tienden a tener otra mirada hacia lo que se puede llamar como el cuidado de la infancia. Era común en el relato que Blanca y su hermana fueran solas a la escuela que se encontraba a una larga distancia de su hogar y que el viaje lo debían recorrer a pie, de igual manera el defenderse de las circunstancias difíciles, como por las que pasaron de muy pequeñas Blanca y su hermana, son algunas de las cosas que ella hace distinción con la infancia que ella percibe ahora en estos tiempos y la que ella relata desde su propia experiencia.

En suma, se muestra cómo estas relaciones, esas prácticas y esos discursos, hacen parte de la construcción social de la infancia de Blanca, donde ella desde su papel de adulto nos narra su experiencia de infancia, identificando cada una de las instituciones que marcaron esa configuración y también dichos procesos de socialización que permean su vida.

3.2 Configuraciones de vida, ser ayer y hoy.

En este apartado se encuentran algunos procesos de socialización que son significativos en el relato y que terminan por configurar esa experiencia de infancia y la subjetividad de Blanca. De la misma manera se verán implicados en esa configuración, todos esos discursos que estaban en auge en ese momento histórico, como también las relaciones más significativas y las prácticas relevantes adoptadas por Blanca. Primordialmente se mostrará las posiciones en las que Blanca se identifica como sujeto y cómo estas posiciones terminan construyendo a partir de unos referentes que cargan de significado, lo que ella es hoy en día.

Con la distancia cambió todo, me dolía mucho verla, al igual que a mi madre a quien se le escurrían las lágrimas ocasionalmente. Ella toda flaquita, con las cicatrices de los malos ratos que le brindaba don Martínez, siempre paranoica de que él llegara, fue siempre su secuestrador. Ella se dedicó a ser madre, yo intenté hacer que ella se dedicara a la costura, la hermana menor le enseñó a la mayor (*Blanca, comunicación personal, 5 de noviembre del 2019*)

En el fragmento anterior es posible identificar cómo la relación de Blanca con su hermana tiene un lugar importante en la configuración de su subjetividad. Como hemos señalado, María es inicialmente situada en el relato con el rol de cuidadora por su posición de hermana. Las circunstancias de muerte de los hermanos mayores en el accidente, enunciado previamente en el primer capítulo, la forzaron a asumir este lugar.

La reconfiguración de ese lugar de hermana mayor que se da a medida que crecen y las diversas vivencias que se dan en los años siguientes, sitúan a María como la culpable y a Blanca como la alcahueta de las distintas resistencias de María a la vigilancia y control tanto en la familia como en el entorno escolar. Blanca siempre se ubicó en un lugar distinto, donde resalta cómo sus acciones van ligadas a lo que en esos tiempos y en su contexto era considerado lo correcto.

Blanca retomó algunos referentes de la relación con su hermana y de la vida que ella fue construyendo para introducir otros aspectos de la socialización que en la época posibilitaron transformaciones desde la vida íntima que han tenido impactos en la vida pública (política) de las mujeres y viceversa. En el contexto de Blanca empezaron a permear discursos en torno a los derechos de la mujer, donde evidentemente estaban surgiendo nuevas miradas frente al papel de la mujer en lo social, lo político como unas formas distintas a las que la madre de Blanca estaba ligada. En Colombia en el momento del posicionamiento de Rojas Pinilla a la presidencia, la mujer ya tenía cargos profesionales distintos, estaba cedula y participaba del voto. Blanca, a pesar de reconocer la vida de su madre o la de su hermana (que es el referente coetáneo en contra del cual se sitúa con más fuerza), se opone a vivir sujeta a la figura marital de una forma que le imposibilitaba hacer lo que le gustaba que era estudiar y trabajar.

Esto es posible observar cuando ella menciona que el esposo de su hermana María era “muy malo” con ella y que ella no quería trabajar o hacer otra cosa más que servir a su hogar:

Desde entonces, ella se fue con él, tal vez se fue de la vida de nosotros, se fue de mi lado... Mi padre, derrotado por la resignación sólo pronunció unas palabras cortantes que sentenciaron la ruptura con María —Que haga lo que se le dé la gana, no voy a nadar más contra la corriente. Palabras que se encendieron cuando él se enteró de que ella estaba embarazada. Al final de cuentas don Martínez logró su cometido, se quedó con ella. Pero quien perdió fue ella, no estudió, perdió dos mellizos, sufrió maltrato de don Martínez, nunca tuvo la oportunidad de trabajar, a causa de la relación posesiva a la que la sometió aquel hombre. Es que ¡Mi hermana tan bonita que era, pero muy bobita que fue! (*Blanca, comunicación personal, 5 de noviembre, 2019*).

En este fragmento del relato, Blanca nuevamente resalta su descontento y oposición frente a la decisión que tomó su hermana María y cómo sus acciones la llevan a tener la vida de la que ella reniega en el relato, donde el trato por parte de su cuñado hacia su hermana María no era el más digno, según veía ella. Blanca consideraba que María no sólo desobedeció a sus padres y terminó saliendo de su casa sin su bendición, sino que no comprendía cómo ella podía estar al lado de alguien que le causara tanto dolor, situación que resultaba clara desde su punto de vista.

Todas esas lágrimas de mi papá por la ausencia de la niña, las pagó don Martínez en la cárcel. Él se llevó a mi hermana cuando apenas tenía 16 años ¡Por Dios, era una niña! Pero es ahí donde no entendí las pasiones del amor de las personas. Ella, a pesar de sufrir tal encierro, maltratos, la separación de nuestra familia y todos los que la conocían, aún insistía en ver a don Martínez. No le importaba que el destino justo e irónicamente lo había encerrado por sus actos. (*Blanca, comunicación personal, 5 de noviembre del 2019*)

De cierta manera Blanca consideró que cada acción tiene una consecuencia y que su cuñado, tarde o temprano, pagaría por su mal obrar. Es evidente que las relaciones que más marcaron la infancia de Blanca fueron las de su padre y su hermana María; sin embargo, las relaciones como la de ella con su cuñado marcan unos referentes distintos en la vida de Blanca, donde claramente pone en tensión ese conjunto de discursos y dinámicas que giraban en torno a su vida y su manera de ser madre, mujer e hija, y esa construcción de su identidad que distaba con la realidad que vivía su hermana, o que ella menciona que observaba a través del maltrato. A pesar de reconocer algunos elementos similares en la relación de sus padres, sabía que eran otras formas de vida las que se llevaban a cabo en ese momento histórico:

Ya después, cuando todos éramos grandes, cuando nos casamos, mi papá metió a una vieja a nuestras vidas y se separó de mi mamá. Ella sufrió mucho por eso, pero bueno, ahí se sobrepuso. Ella fue la primera en morir y a los 5 años murió mi papá, pero de verdad que eché de menos a mi papá, demasiado, mucho, mucho. A pesar de todo, de que él se fuera con otra persona, jamás perdí el contacto con él y por eso discutía con mis hermanos, me regañaban y me decían —¡Pendeja de mierda, nuestro papá se fue y usted todavía con él! Pero a pesar de todo, yo pensaba mucho en él. Yo adoraba a mi papá. Cuando él iba a visitarnos yo le ofrecía tinto y mis hermanos me peleaban, me decían que yo sí era muy boba —Llegó su papasito, su papasito. Mi papasito era mi papá, es que él me quería mucho y cuando yo me fui de aquí de la casa, para él fue otra cosa, llegó por allá a buscarme, así mi papasito yo sí que lo quería mucho. Pero la verdad es que una cosa era mi papá como esposo y otra cosa era el cómo papá. (Blanca, comunicación personal, 5 de noviembre del 2019)

Finalmente, para cerrar este capítulo, se resalta cómo el papel de padre fue fundamental para la configuración de la subjetividad de Blanca, ya que fue una figura que representó para ella un referente para la construcción de su personalidad y de quien ella adopta más discursos , prácticas , formas de ser y ver el mundo. Así mismo, se puede notar cómo a pesar de las decisiones de su padre, ella no descolocó su lugar de padre y esposo. Blanca declara que sabía que su padre como esposo cometió muchas faltas, pero no por eso era mal padre, contrariamente, defendió a su padre siendo este una figura esencial para el desarrollo de su experiencia de infancia y un modelo característico de ser fuerte en la vida a pesar de las circunstancias.



Epílogo

...de la Infancia

Este apartado tiene como propósito presentar el fin de la infancia de Blanca a partir de una nueva experiencia frente a la muerte y como está configura su lugar y sus formas de comprender el mundo. Cómo configuró su posición en el mundo como adulta y así mismo empezó a asumirse como tal. El inicio del relato de infancia de Blanca se ubica en el recuerdo de la muerte de sus hermanos. Otros recuerdos más remotos aparecen luego, pero este hecho, sin, duda el más representativo de su infancia. A manera de círculo, el relato de su infancia termina con otra muerte.

El retorno de la muerte y el fin de mi infancia

(Colombia, 1957, El cambio de Frente civil al Frente Nacional)

El 10 de mayo de 1957 Rojas dejó el poder en manos de una Junta Militar de cuatro generales y un almirante, entre quienes repartió ceremoniosamente las prendas de su uniforme militar: el quepis, los pantalones, la guerrera; y, como Laureano Gómez cuatro años antes, se fue al exilio en la España franquista. También a él le entregaron un cheque de 15.000 dólares, “en calidad de anticipo de su sueldo de 3.000 dólares mensuales como expresidente de la República”. Esa vaina, había dicho él mismo, no la ganaba ningún embajador.

Un suceso que marcó mucho mi vida fue la muerte de mi hijo. Lamentablemente es lo más duro por lo que he tenido que pasar. Recuerdo ese día como si fuera ayer, yo tenía 20 años. Un 9 de diciembre, mi hermano Hernando que en su momento tenía 12 años, recibió la llamada de María (que vivía a una cuadra de mi casa) para que fuera a hacerle un favor, mi

hermano me pidió llevar a mi hijo que tenía 4 años, yo le dije que sí, pero que con mucho cuidado. En el momento que iban saliendo de la casa unos muchachos estaban jugando con unas mechas, sonó un estruendo y mi hijo se asustó y salió corriendo, en esas pasaba un carro y lo atropelló, dejándolo sin vida.

Este suceso nos marcó mucho a todos, a todos. Ha sido el dolor más grande de mi vida y aun sigo atesorando a mi hijo, lo visito siempre en el cementerio, y ocupa un lugar muy especial en mi corazón. De las cosas más duras que puede pasar una madre, desde ahí cambió mi vida por completo, la manera de ver las cosas, todas esas muertes me dolieron, pero la de mi hijo fue como la muerte de mi infancia.

Años después obtuve mi primer trabajo, esto fue a mis 23 años, porque antes mi papá no nos permitía éramos unas niñas para trabajar - ¡eso nunca! - decía. Trabajé en una fábrica de costuras, tenía que quitar hebras, poner botones y todas esas cosas, fue así como empecé a aprender. Luego me dio por hacerme un curso de máquinas industriales que eran las que se más se utilizaban para confección y después ingrese a una academia donde tomé un curso de diseño y eso sí que me gusto, yo no deje de estudiar después de casarme porque mi esposo me apoyaba en esas cosas.

Yo fui la que llevé la cuerda de todos mis hermanos, yo siempre estuve ahí con ellos. Cuando yo estaba trabajando, mi hermana Georgina había terminado el bachillerato, pero ella no quiso estudiar más, entonces yo hable en la empresa para llevarla a trabajar conmigo y después me lleve a Belén también. Ahí trabajamos las tres, siempre trabajamos en la misma empresa y yo estaba siempre muy pendiente de ellas, me las arrastraba para allá y para acá, si me comentaban -que Blanca tal cosa- yo iba y le decía Georgina o Belén ¿esto que es? china hay que hacer esto y que lo otro! siempre estaba muy pendiente de ellas y lo mismo pasaba en casa ¡que mire hay que pagar los impuestos y que esto y lo otro! hasta que todos empezaron a irse y me quedé sola, me quede en esta casa sola con mis hijos.

Yo lo que admiro de mis papás es que fueron muy fuertes después de todo lo que les pasó. Admiro a mi papá porque él trabajó muy duro para sacarnos adelante a pesar de lo duro que fue perder a mis hermanos, ellos siguieron adelante por sus dos chinitas. Fue de ahí donde nació la idea mía de no tener un solo hijo y tras la muerte de mi pequeño, no quise quedarme con un solo hijo, por ejemplo, mi hija cuando tuvo a su primer hijo le dije que no se quedara con uno no más, yo no soy partidaria de que una persona tenga solo un hijo porque uno no sabe si mañana lo pierde ¡Dios mío! no y hasta para la vejez de uno.

Mi vida si fue como muy dura, y yo sé que fui y soy una berraca, después de todo lo que pase y seguir fuerte a pesar de perder a tantos seres amados, ¡eso no lo supera cualquiera! sin embargo tengo una muy buena vida. Aún vivo en la casa de mis padres, en el Bravo Páez, la misma casa que me vio crecer y vio crecer a mis hijos, la casa que con mucho esfuerzo logre recuperar, porque hasta eso casi pierdo por las gracias de Don Martínez.

Ahora mi vida está con mis hijos, a veces me voy a Estados Unidos por un tiempo con ellos y luego vuelvo acá y así. También cada 15 días viajo a donde compró mi hija una finca en Carmen de Apicalá, y yo me voy los fines de semana con ellos, me invitan a almorzar y me la

paso bien. Por eso vuelvo y repito tener un solo hijo ¡no señor! porque yo me pongo a pensar, miren mi papá y mi mamá quedarse con dos hijas después de haber teniendo cuatro, por eso es por lo que los otros vinieron después, pero ¿dos hijas no más? no, eso fue para ellos y nosotras algo muy duro.

Después de todo lo que le digo a mis hijos cumplan sus sueños y salgan adelante, no se dejen de ningún obstáculo porque si algo aprendí de mis padres, en especial de mi papá, fue siempre luchar por mi familia, ser fuerte, no dejarse vencer, eso siempre atesorare de mi padrecito y también les digo es que si yo les faltó algún día no estén tristes por que estaré reunida con mis padres, mi hermana María, mi esposo y mi tesoro de hijo que me esperan.

La muerte como punto de quiebre de la infancia

Para Blanca, la muerte es la que dio apertura a su primer recuerdo significativo de infancia y a su vez da el recuerdo que clausura su infancia. Los sucesos en los cuales ella tuvo que relacionarse con la muerte dejaron marcas ineludibles en su experiencia infantil. Como se mencionó en el primer capítulo, la muerte dejó sus huellas a partir de la pérdida de sus hermanos mayores, y en este capítulo se reseñó nuevamente la muerte, precisamente la de su hijo, como la fractura de esa experiencia de infancia y cómo está la posicionó en un nuevo lugar como adulta.

Blanca situó su experiencia de infancia hasta los 20 años, por las dinámicas propias dentro de su familia, estaba casada, pero vivió aún con sus padres, fue madre, pero no trabajaba para asumir ciertas responsabilidades que se sitúan en los adultos. Cabe señalar que, para el contexto de ese entonces, la minoría de edad iba hasta los 21 años, lo que representa y la sitúa aún bajo el amparo y la protección de sus padres. Fue hasta el año 1977 donde se cambia la legislación para reducirla hasta los 18 años, como se puede ver en la Ley 21 de 1977. A partir de la muerte de su hijo, se rompió su vida cotidiana y el sufrimiento en el que se vio inmersa configuró su forma de comprender el mundo, como se observa en el siguiente fragmento:

Este suceso nos marcó mucho a todos, a todos. Ha sido el dolor más grande de mi vida y aun sigo atesorando a mi hijo, lo visito siempre en el cementerio, y ocupa un lugar muy especial en mi corazón. De las cosas más duras que puede pasar una madre, desde ahí cambió mi vida por completo, la manera de ver las cosas, todas esas muertes me dolieron, pero la de mi hijo fue como la muerte de mi infancia. (Blanca, Comunicación personal, noviembre, 2019)

Por otro lado, es clave enunciar cómo las prácticas y formas de existir en sociedad y como sujeto, son dictadas desde la familia, la cual fue la institución que la situó como niña en cuanto al lugar que ocupar, los discursos que la rodean y las responsabilidades que le son otorgadas le dan una visión asimétrica en relación con el adulto:

Años después obtuve mi primer trabajo, esto fue a mis 23 años, porque antes mi papá no nos permitía éramos unas niñas para trabajar - ¡eso nunca! - decía. Trabajé en una fábrica de costuras, tenía que quitar hebras, poner botones y todas esas cosas, fue así como empecé a aprender. Luego me dio por hacerme un curso de máquinas industriales que eran las que se más se utilizaban para confección y después ingrese a una academia donde tomé un curso de diseño y eso sí que me gusto, yo no deje de estudiar después de casarme porque mi esposo me apoyaba en esas cosas. (Blanca, Comunicación personal, noviembre del 2019)

Además, se puede observar cómo la relación con su esposo (desde una posición de adulta y no como niña), le permitió que se generaran otro tipo de prácticas en cuanto a los roles como mujer, gracias a que estuvieron bajo unos procesos de socialización próximos. El continuar con su educación y empezar a trabajar la desdibuja por completo del sujeto/niña y la posiciona como un sujeto/ adulto:

Yo fui la que llevé la cuerda de todos mis hermanos, yo siempre estuve ahí con ellos. Cuando yo estaba trabajando, mi hermana Georgina había terminado el bachillerato, pero ella no quiso estudiar más, entonces yo hable en la empresa para llevarla a trabajar conmigo y después me lleve a Belén también. Ahí trabajamos las tres, siempre trabajamos en la misma empresa y yo estaba siempre muy pendiente de ellas, me las arrastraba para allá y para acá, si me comentaban -que Blanca tal cosa- yo iba y le decía Georgina o Belén ¿esto que es? china hay que hacer esto y que lo otro! siempre estaba muy pendiente de ellas y lo mismo pasaba en casa ¡que mire hay que pagar los impuestos y que esto y lo otro! hasta que todos empezaron a irse y me quedé sola, me quede en esta casa sola con mis hijos.(Blanca, Comunicación personal, Noviembre del 2019)

Por consiguiente, se posicionó como adulta desde el asumir la responsabilidad con el otro, en este caso con sus hermanas, donde ella guió y corrigió la conducta

de ellas. Por otro lado, el llevar el sustento económico a la casa, le dio cierto liderazgo en la familia, para tomar decisiones y para organizar la vida familiar, en función de lo que las instituciones que permearon su infancia le dejaron como guía para su vida adulta.

Las experiencias previas le permitieron a Blanca tener una lección base del cómo afrontar la pérdida de un hijo, puesto que sus padres sufrieron la misma situación años atrás con sus hermanos. El ser valiente y fuerte para salir adelante es un ejemplo claro de sus padres y que se evidencia a lo largo del relato, todas estas experiencias se vinculan con las pasadas gracias a que “La experiencia humana incorpora vivencias propias, pero también las de otros que le han sido transmitidas” (Jelin, 2004 p.13). De esta manera Blanca asumió su realidad y configuró su subjetividad en medio del dolor que le representó la pérdida de su hijo y se proyectó a un futuro, como se aprecia en el siguiente apartado:

Yo lo que admiro de mis papás es que fueron muy fuertes después de todo lo que les pasó. Admiro a mi papá porque él trabajó muy duro para sacarnos adelante a pesar de lo duro que fue perder a mis hermanos, ellos siguieron adelante por sus dos chinitas. Fue de ahí donde nació la idea mía de no tener un solo hijo y tras la muerte de mi pequeño, no quise quedarme con un solo hijo, por ejemplo, mi hija cuando tuvo a su primer hijo le dije que no se quedara con uno no más, yo no soy partidaria de que una persona tenga solo un hijo porque uno no sabe si mañana lo pierde ¡Dios mío! no y hasta para la vejez de uno. (Blanca, Comunicación personal, noviembre, 2019)

Por otra parte, Blanca circunscribe aquella transmisión intergeneracional de experiencias: lo que sus padres le enseñaron se reflejó en la relación con sus hijos. De manera que esas formas de representar a su padre hicieron parte de esa configuración de ella como sujeto y que además tomó como punto de partida, como lo que esperó de sus hijos en relación con el futuro. Ejemplo de ello se evidencia el siguiente fragmento:

Después de todo lo que le digo a mis hijos cumplan sus sueños y salgan adelante, no se dejen de ningún obstáculo porque si algo aprendí de mis padres, en especial de mi papá, fue siempre luchar por mi familia, ser fuerte, no dejarse vencer, eso siempre atesorare de mi padrecito y también les digo es que si yo les faltó algún día no estén tristes por que estaré reunida con mis padres, mi hermana María, mi esposo y mi tesoro de hijo que me esperan.(Blanca, Comunicación personal, Noviembre del 2019)

De esta manera, cuando ella nombra lo que rescata de sus padres, habla de esas formas de ser y hacer, que le transmitieron y que incorporó como referente para construir su subjetividad y la relación con su familia. La forma de ser padres (motivaciones, valores, normas, prácticas, etc.) y el esfuerzo por su familia son acciones que reflejan la forma de ser y las dinámicas propias que ella a través del espacio de experiencia va a reconfigurar en la relación con sus hijos, pero, que siempre están mediadas por la experiencia del pasado. Jelin complementa en cuanto al horizonte de expectativas:

Las experiencias están también moldeadas por el «horizonte de expectativas», que hace referencia a una temporalidad futura. La expectativa «es futuro hecho presente, apunta al todavía-no, La memoria en el mundo contemporáneo a lo no experimentado, a lo que sólo se puede descubrir» (Koselleck, 1993: 338). Y en ese punto de intersección complejo, en ese presente donde el pasado es el espacio de la experiencia y el futuro es el horizonte de expectativas, es donde se produce la acción humana, «en el espacio vivo de la cultura» (Ricoeur, 1999: 22). (2002, p.13)



Conclusiones

El relato de Blanca permite ver cómo las distintas instituciones están inmersas en la configuración de subjetividad de un sujeto, y cómo aparecen de distintas formas en la experiencia de vida de Blanca, un orden simbólico común y compartido en lo social.

La Violencia inicia irrumpiendo en las dinámicas propias de la familia, reconfigurando la experiencia familiar: en un principio, en cuanto su vida cotidiana, rutinas, formas de percibir la vida y prácticas de huida, que terminan por atribuirle a Blanca unas formas particulares de relacionarse con su medio, desde el campo hasta la ciudad. Por otro lado, al escapar de la violencia se da un suceso que termina marcando la experiencia infantil de Blanca con la muerte de sus hermanos y el enfrentarse solas ante el siniestro. Esto constituye un vínculo con su hermana y configura su subjetividad al situarse como una niña sobreviviente y en condiciones de protección, por ser la menor de sus hermanos (los que existían hasta antes de la llegada a Bogotá), la cual le da en definitiva un lugar dentro de la familia.

Cabe señalar que las configuraciones de infancia están ligadas estrictamente con el contexto geográfico, histórico, cultural y social en el que se encuentre situado el sujeto. Esto da cuenta del porqué las instituciones reaccionan y se transforman en el diálogo con el sujeto, a partir de los cambios sociales (sujetos), y estas transforman al sujeto de igual manera. Es pertinente enunciar que en un hito histórico como fue La violencia, allí se transformó las dinámicas sociales y culturales de todo el territorio colombianos y quienes lo habitan, el declive institucional y el surgimiento de nuevas instituciones transformaron las formas de ser y estar, y siendo la infancia foco de esta investigación, no fue la excepción.

De esta manera se puede decir que la Violencia termina jugando un papel importante en la configuración de la infancia, donde la experiencia misma de Blanca

se ve marcada por discursos, relaciones y prácticas de la época que terminan influyendo en su configuración subjetiva.

La configuración de la infancia de Blanca se ven a partir de cuatro Instituciones que son: familia, escuela, religión y Estado, estas van emergiendo a lo largo del relato, y van mostrando cómo en la vida de Blanca las instituciones no trabajan de forma individual ni separada, sino que se complementan unas a las otras y se mantienen en constante diálogo, de la misma manera que la experiencia reconfigura unas formas de comprender esas instituciones.

La experiencia de infancia se ve configurada en relación con las instituciones en cuanto la construcción social de la infancia y en general el proyecto de ciudadano por parte del Estado y la religión, que se gestaban en el periodo de la Violencia. Se observa como la moral, las buenas costumbres, la tradición y los valores católicos eran el orden simbólico y social que se transmitía a través de los procesos de socialización de las distintas instituciones que estuvieron latentes en la vida Blanca.

La experiencia infantil está en la base de la subjetividad del adulto, no como determinante, pero sí como referente, de las formas de ser y el habitar el mundo, de los elementos de la sujeción social que posibilita la experiencia colectiva. Asimismo, esta experiencia y diálogo del sujeto con las instituciones y sus construcciones se transmiten a las nuevas generaciones, siendo esta una manera de cómo el discurso de las instituciones prevalece en la historia. No obstante, distintos elementos sociales e históricos permean los procesos de socialización en las distintas instituciones, transformando así a la institución misma.

Por otro lado, señalar cómo un hito tan crucial como es la muerte logra configurar las formas de ser sujeto desde una perspectiva que abarca la temporalidad, el recuerdo (situado en el pasado y su previa experiencia de niño) y el ahora y futuro (determinadas formas de ser y actuar).

Para finalizar, es necesario enunciar como la experiencia del desplazamiento al igual que la muerte, se sitúa temporal y espacialmente, como experiencia que marcó las formas de ser niño, teniendo presente que este desplazamiento situó a Blanca y su familia, en un radical cambio de contexto. Este crudo cambio contextual pone en

tensión las formas como Blanca concibe las instituciones y las relaciones y cómo las interioriza.

Por último a partir de los análisis presentados en esta investigación se hace necesario mirar y comprender las instituciones y la experiencia de infancia desde la educación, puesto que como futuros licenciados en psicología y pedagogía, más allá de la enseñanza y del saber escolar, nos interesa la comprensión y acompañamiento de niños y jóvenes escolarizados o en procesos educativos y darles el reconocimiento como actores de matrices sociales, culturales e históricas nos permite comprender la constitución compleja de infancia en la que está inmersa en cada uno de los sujetos-niños con el fin de reorientar nuestra práctica.

Como educadores se nos otorga un rol esencial desde la educación, como los mediadores entre el individuo y la cultura, en pro de una Colombia en paz; de ahí la postura que asumamos frente a este, será la manera en la que se puede descolocar distintos discursos y prácticas sociales e institucionales que se han asentado históricamente y en la configuración misma del sujeto.

Bibliografía

Alape et al. (2018). Versiones de Bogotá. Jorge Eliecer Gaitán. Libro al viento. Bogotá, Colombia.

Caballero, A. (2018). Historia de Colombia y sus oligarquías. Planeta. Bogotá, Colombia.

Cárdenas, Y. (2018). Experiencias de infancia: Niños, memorias y subjetividades (Colombia, 1930-1950). Bogotá: La Carreta – Universidad Pedagógica Nacional.

Carli, S. (2005). “La infancia como construcción social”, en De la familia a la escuela. Infancia, socialización y subjetividad. Santillana, Buenos Aires.

Carli, S. (2011). La memoria de la infancia. Estudios sobre historia, cultura y sociedad. Buenos Aires: Paidós.

Chica, F y Rosero, L. (2012). La construcción social de la infancia y el reconocimiento de sus competencias. Revista Itinerario Educativo. Vol. 26, N.º 60. Universidad de San Buenaventura. Colombia.

Coffey A, Atkinson P. (2005). Encontrar el sentido a los datos cualitativos. Estrategias complementarias de investigación. Madrid, Alicante: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Alicante.

Dubet, F. (2007). El declive y las mutaciones de la institución. Revista de Antropología Social, 16, 39-66.

Dubet, F. (2010). Crisis de la transmisión y declive de la institución. Política y Sociedad, 47, 2, 15-25

Dubet, F. (2011). *La experiencia sociológica*. Barcelona: Gedisa.

Dubet, F. (2010). *Sociológica de la experiencia*. Editorial Complutense. Centro de Investigaciones Sociológicas: Barcelona.

Jaramillo, L. (2007). Concepción de infancia. *Revista del Instituto de Estudios Superiores en Educación Universidad del Norte. Zona Próxima*, N° 8, 108-123.

Jelin, E. (2002). *Los trabajos de la memoria*. Siglo XXI Editores, Madrid y Buenos Aires.

Recuperado en:

<http://www.centroprodh.org.mx/impunidadayerhoy/DiplomadoJT2015/Mod2/Los%20trabajos%20de%20la%20memoria%20Elizabeth%20Jelin.pdf>

Momberger, Delory. (2003). *Biografía y educación. Figuras del proyecto individual*, París, Francia, Anthropos.

Gonzales, M. (2015). La Violencia y la enseñanza de la historia nacional en el escenario institucional colombiano (1948-2006). *An Institucional Colombian Perspective*, 8(1), pp.123-151. Recuperado en:

http://www.scielo.edu.uy/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S168874682015000100005&lng=es&tlng=es.

Guzmán, G., Fals, O. y Umaña, L. (2010). *La violencia en Colombia*. (Tomos I y II). Colombia: Alfaguara.

Murillo, G. (2015). *Narrativas de experiencia en educación y pedagogía de la memoria*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Editorial de la facultad de filosofía y letras Universidad de Buenos Aires.

Pachón, X. “Los niños soldados a través de la historia de Colombia”. Ponencia presentada en: La Infancia en la Historia de las Américas. Congreso de Americanistas, Viena, julio 2012.

Salom, F.(1994). Al pueblo nunca le toca. Atenea. Bogotá, Colombia.

Seoane, V. (2013). Sociología del individuo: socialización, subjetivación e individuación. Entrevista a Danilo Martuccelli. Archivos de Ciencias de la Educación, Año 7, N.º 7, 4º Época, 2013. ISSN 2346-8866.